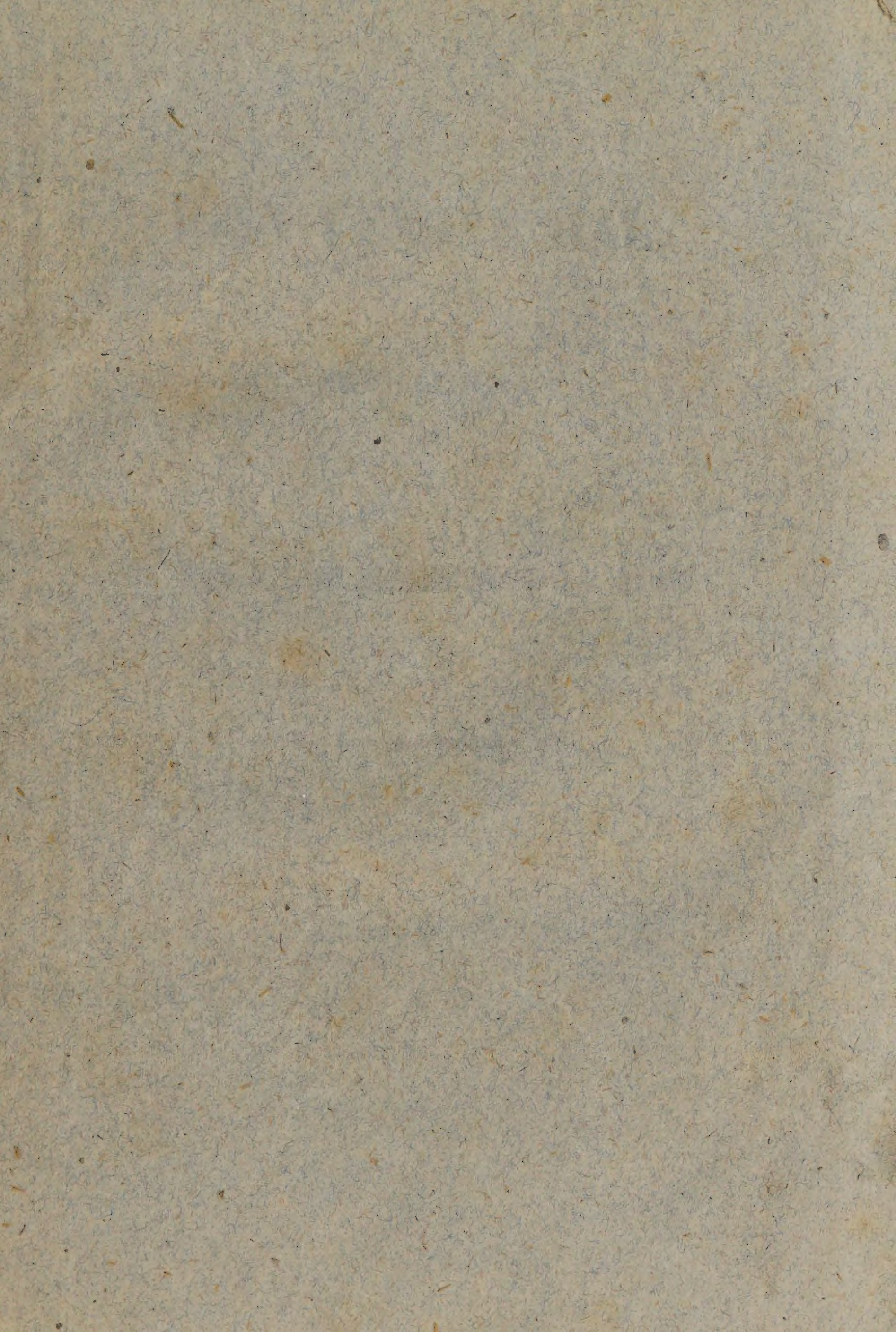




# BIEN VENGAS MAL.

COMEDIA FAMOSA

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

# BIEN VENGAS MAL.

COMEDIA FAMOSA

## DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

### PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Don Luis, galan.
Don Juan de Lara, galan.
Don Diego de Silva, galan.
Guzman, criado.
Espinel, criado.
Doña Ana, dama.
Doña Maria, dama.
Don Bernardo, viejo.
Inés, criada.
Juana, criada.

## JORNADA PRIMERA.

*En trage de noche, salen don Luis y Guzman.*

GUZM. Al amor, tiempo y fortuna
todo es posible, señor;
no hay cosa que á su rigor
se defienda.
LUIS. Si no es una;
una sola es imposible.

Guz. Y cuál juzgas?
Luis. La muger,
cuando da en aborrecer,
que es su condicion terrible;
si ya con fuerza suprema
el gusto y la bizarría
hace del rigor porfia,
y hace del agravio tema.
Guz. A la opinion respondiera,
defendiendo las que son
de aquella regla escepcion,
si ya tan tarde no fuera:
éntrate á acostar, que el alba,
en los brazos de la aurora,
aljofar y perlas llora,
y los pájaros con salva
despiertan al sol.
Luis. Qué poco
descansará mi dolor!
Guz. Siempre duerme poco amor.
Luis. Por lo que tiene de loco.
Guz. Entrémos en casa presto,
que yo, como no he querido,
estoy al sueño rendido.

*Cuchilladas dentro.*

Luis. Vamos, pues: pero qué es esto?
Guzm. El ruido adelante pasa.
Luis Es dentro de casa?

GUZM. Sí

LUIS. Cuchilladas (ay de mí!)
á estas horas y en mi casa?
quien son tengo de mirar.

GUZM. Ya ellos nos dicen que son
hombres de honra y de opinion.

LUIS. Por qué?

GUZM. Riñen sin hablar.

LUIS. Entra conmigo.

GUZM. Si haré;
mas yá á la calle han salido.

*Salen riñendo don Juan y otro.*

LUIS. Cubierto y desconocido,
mejor la ocasion sabré (*aparte*)
de mi agravio y mi deshonra:
Por caballeros, si acaso *A ellos.*
un hombre que sale al paso
con obligaciones de honra,
algunas treguas previene
á vuestro acero.

*Cae el uno dentro del vestuario.*

UNO. Ay de mí!
muerto soy.

JUAN. Y á mí de aqui
ausentarme me conviene.

LUIS. Caballero, á mí tambien
me conviene el deteneros,

hablaros y conoceros,
que en esta calle no es bien
que nos dejeis empeñados
á un notable desconcierto,
en poder de un hombre muerto.

Juan. Caballeros embozados,
si el advertir, si el mirar
á un hombre ya tan restado,
en vuestro necio cuidado
no ha merecido lugar,
dádmele por mí, pues no
os va nada en conocerme,
ó el lugar habré de hacerme
con aquesta espada yo;
que aunque sois dos, vive Dios,
que aqui no me dais cuidado;
que un hombre de bien restado
una vez, vale por dos.

Luis. Si restado en un teatro
sangriento el hombre de bien
importa por dos, tambien
los dos valdremos por cuatro:
tambien estamos los dos
restados, tambien tenemos
los dos valor, y os habemos
de conocer, vive Dios.

Juan. Justicia debeis de ser,
que tanto esfuerzo habeis puesto
en conocerme: y supuesto

que ello, hidalgos, no ha de ser,
y que yo lo he de estorbar
como pueda, ya que aqui
no habeis de pensar de mí
que lo haré por escusar
la pendencia, sino solo
por guardarme y encubrirme,
disponeos á seguirme,
que desde este al otro polo
mi aliento llegar desea,
si así me puedo encubrir;
que quien me ha visto reñir,
poco importa que me vea
correr, pues haciendo alarde
de valiente y recatado,
verá que huye de alentado
quien no huyera de cobarde. *Vase*

Luis. Síguele, Guzman.

Guzm. Apenas
el viento podrá.

Luis. Qué haremos
en tan dudosos estremos
de desdichas y de penas?

Guzm. Señor, si el riesgo miramos,
que en esta calle tenemos
muerto un hombre, mal hacemos
en estar en ella: vamos
á casa, pues lo que aqui
puede detenernos, es

saber quien es, y despues
ello se sabrá, que así
encubrirse no es posible;
y al fin seguros sabremos
lo que ahora no podemos
sin la evidencia infalible
de encontrarnos aquí (y mas
si amanece) alguien que oyó
que de tu casa salió
la pendencia.

Luis. Tú me das,
Guzman, el mejor consejo,
si mi pena y rábia fiera
para admitirle estuviera.

Guzm. Al tiempo tus dudas dejo.

Luis. No me determino en esto,
porque en grande riesgo estoy,
si me quedo y si me voy:
ay hermana, en qué me has puesto!

*Sale Espinel.*

Esp. Ya la calle sosegada
de la pendencia se ve;
ahora salir podré,
sin recelarme de nada.

Guzm. Otro hombre solo ha salido
de casa.

Luis. Ay rigor cruel!

Guzm. Qué hemos de hacer?

LUIS. Saber dél
lo que hemos pretendido:
quién vá?
ESP. Si este acero yá
ocupado el paso tiene,
pregunte quien le detiene,
y no pregunte quien va:
pues no vá un hombre que aqui
no tiene por donde pueda;
y mas que se va, se queda.
LUIS. Diga quien es.
ESP. Eso sí,
ahora que ha preguntado
en forma, responderé
quien fuí, quien soy y seré.
LUIS. Decid presto.
ESP. Soy criado
de un honrado caballero
andaluz y granadino,
que á la corte á un pleito vino
con mas amor que dinero:
este aqui gastando pasa
la vida, y fué de su llama
causa, señor, una dama,
que vive en aquesta casa:
hoy que en ella hemos entrado
á acechar por una reja
de ese pátio, que no deja
mayor lugar el cuidado

de un caballero, que es
su hermano, un hombre se entró
tras nosotros, que obligó,
ó atrevido, ó descortés,
á decir que qué esperaba?
El, ó galan, ó celoso
de la dama, muy brioso
le respondió que alli estaba,
porque en el mundo no habria
quien del puesto le quitase,
estorbase, ó no estorbase.
Entonces la bizarria
de mi amo respondió
con el acero; riñeron,
y hasta la calle salieron:
lo demas no lo ví yo,
porque entre el confuso ruido,
entre el rigor impaciente,
yo, como no soy valiente,
me quedé en casa escondido;
porque fuera cobardía
reñir con quien solo estaba
dos, y donde yo me hallaba,
hubiese superchería:
esta es la trágica historia;
y pues habreis entendido
quien yo soy, seré y he sido,
aqui paz, y despues gloria.
Luis. Válgame el Cielo! qué [illegible]

mi duda en tus manos dejo,
Guzman.

GUZM. Señor, mi consejo
es ahora el que antes fué:
retirémonos del daño,
que aqui tan preciso ves;
te satisfarás despues,
si como te desengaño,
te pudiera consolar;
pues si este hombre mas supiera,
mas dijera.

ESP. Sí dijera,
mirad si hay que preguntar,
que yo no me atrevo á ir
sin licencia de los dos.

LUIS. Estoy por matar, por Dios,
á este hombre.

GUZM. Eso es decir
quien eres, y mejor es
no darte por entendido,
sino cuerdo y atrevido
salir á todo despues.

LUIS. El nombre al punto declara
de tu amo.

ESP. Eso al instante,
que soy doncel de Clarante;
llámase don Juan de Lara.

LUIS. No le conozco.

ESP. Es favor

del Cielo: al mismo pluguiera
que yo no le conociera;
pero no me dais, señor,
licencia?

LUIS. De mala gana.

ESP. Yo tan obediente soy,
que de muy buena me voy. *Vase.*

LUIS. Ay honra mia, ay hermana!
Mas tu acuerdo he de tomar;
á la fortuna dejemos
este suceso, y entremos
en casa á disimular
las penas y los enojos,
haciendo á nuestros agravios
estrecha cárcel los lábios,
última línea los ojos.
Yo fingiré mis desvelos,
porque es un despertador
de las horas del amor
el hombre que pide celos,
y así, en callar y fingir
mas el valor se acrisola,
que celos de la honra sola
una vez se han de pedir. *Vanse.*

*Salen doña Ana y Inés.*

INES. Qué hermosa te has levantado!
esta vez sola, señora,
no hiciera falta la aurora,

cuando en su cristal nevado
dormida hubiera quedado,
pues tu luz correr pudiera
la cortina lisonjera
al sol, siendo sumiller
de uno y otro rosicler,
deidad de una y otra esfera
Bien el concepto español
dijera, viéndote ahora.

ANA. Qué?

INES. Que en tus ojos, señora,
madrugaba el claro sol:
dijera, al ver tu arrebol,
quien á tu rigor se ofrece,
quien tus desdenes padece,
don Luis.

ANA. La lengua detén,
que eres la primera en quien
la alabanza desmerece.
Tu discurso, dando igual,
Inés, el gusto y enfado,
fué caballo desbocado,
corrió bien, y paró mal.

INES. No te precies de leal
tanto, porque no ofendió
á quien tu amor mereció
mi voz: qué muger se enfada,
señora, de ser amada?

ANA. Yo sola, Inés, porque yo

temo en pensarlo, que ha sido
ofendido aqui el honor.

Ines. Las ceremonias de amor
ese escrúpulo han tenido
en el pecho del marido;
pero en el galan no es justo,
que uno es honor, y otro es gusto;
y no advertir, es error,
lo que hay del gusto al honor.

Ana. Qué argumento tan injusto!
Ofender, Inés, no es bien
lo que ha de quererse, y piensa
que quien al gusto hace ofensa,
se le hará al honor tambien;
que si en el alma se ven
gusto y honor, quien provoca
su ofensa, atrevida y loca
al alma ofende; y no es justo,
porque el agravio del gusto
tambien al alma le toca.
Yo (bien lo sabes) ya oí
á don Diego, ya le amé:
eleccion y fuerza fué;
fuerza, porque me rendí;
y eleccion, porque me ví
con sus prendas estimadas
gustosa; y así, me enfadas,
y es tiranía pensar
que hayan las damas de amar

al gusto de sus criadas.

*Salen doña María y Juana.*

MARIA. Qué descuidada estarias
de tener, bella doña Ana,
visita tan de mañana:
déte Dios muy buenos dias.

ANA. Si tú los rayos envias
del dia al amanecer,
es fuerza que hayan de ser
muy buenos! dáme los brazos.

MAR. Serán nudos, serán lazos,
á quien no pueda romper
la muerte.

ANA. Ven al estrado.

MAR. No, bien estamos aqui,
siéntate, porque de tí *Toman sillas.*
vengo á fiar un cuidado
tan grande, que me ha dejado
con vida, porque no fuera
gran cuidado el que pudiera
darme á mí la muerte, pues
la pena que mata, es
la pena mas lisonjera.

ANA. Que es el rostro, oí decir,
en el gusto ó la pasion,
un papel del corazon,
donde se suele escribir
la pena; y si yo argüir

puedo de tí alguna cosa,
sin duda es pena dichosa
la que tu pecho recibe,
pues en tu rostro se escribe
con jazmin, clavel y rosa.

MAR. Ay amiga, muerta vengo,
y solamente de tí
me atrevo á fiar aqui
un gran disgusto que tengo.

ANA. Ya para oir me prevengo:
prosigue.

MAR. Conmigo lucha
la vergüenza, porque es mucha,
y muchas las ansias mias.

ANA. Bien sabes de quien te fias;
dí, no temas.

MAR. Pues escucha.
Yo, bellísima doña Ana,
que ya negarte no es bien
secretos, que tantas veces
á mí misma me negué.
Yo no sé por donde empiece;
pero qué importa? si sé
por donde acabe (ay de mí!)
Yo ví, yo quise, yo amé;
ya no tengo que dudar,
ni tú tienes que saber,
pues en que yo amé se cifran,
por decirlas de una vez,

cuantas desdichas pudiera
repetir y encarecer.
No fué la mayor de todas,
con ser tan grande el querer,
sino las que se siguieron
á la primera, porque
nunca viene solo un mal;
y así en el mundo se vé,
que del mal que viene solo
se debe dar parabien.
El favor que mereció
de mí un caballero, fué
dar licencia á ojos y oidos,
para oir y para ver
lo turbado de la voz,
lo advertido de un papel.
Mirábale, pues, de dia,
de noche le hablaba, pues,
por una reja, á las horas
que mi hermano, amante fiel
de tu hermosura, rondaba
tu calle; que ya lo sé
todo, pues hasta esto debo
agradecerte tambien.
Anoche, estando conmigo,
sentimos, doña Ana, que
á la reja se acercaba
con lento y turbado pie
un hombre, causó á los dos

grande novedad, por ser
dentro de casa la reja
donde hablabamos, si bien
á mí me dió al corazon
que era un caballero, á quien
(y fué la verdad) habia
muchos años mi desden
desengañado: don Juan,
en viéndole, se fué á él.
Pocas razones se hablaron,
que yo apenas escuché,
cuando al acero los dos
de la causa hicieron juez;
mira tú, valido este,
mira tú celoso aquel,
como los dos reñirian:
y bien se deja entender
que con celos y favores
dicen que se riñe bien.
Salieron pues, á la calle,
donde (ay amiga! no sé
cómo prosiga) cayó
muerto el uno; echa de ver,
pues que yo quedé con vida,
que el aborrecido fué:
si bien, es fuerza que sienta
el caso por mí y por él,
que al fin le costó el quererme
la vida, y no fuera ley
humana, que hasta las aras

le acompañase cruel.
Vino mi hermano á este tiempo,
lo que vió, yo no lo sé;
lo que ha sospechado, sí,
pues aunque se quiso hacer
desentendido, me dió
con acciones á entender
su sentimiento, que agravios
no se disimulan bien:
con esto apenas el dia
empezaba á amanecer,
cuando vine á darte parte
de mi desdicha, y tambien
á fiar de tí mi alma,
mi honor, mi vida y mi ser.
Lo que tú has de hacer por mí,
lo que de tí quiero, es
que con secreto me guardes
estos papeles, que ven
tus ojos, y este retrato,
que no es bien que en mi poder
esten prendas que descubran
los estremos de mi fé;
cuando celoso mi hermano
de ellos pudiera saber
su agravio, porque hablan mucho
una pluma y un pincél.
Secretario de mi amor
tu pecho, amiga, ha de ser,

archivo tu corazon;
guárdame secreto en él,
y no leas por tu vida,
aunque en tu poder esten,
los papeles que te doy,
porque aunque discreto es
su dueño, y una necedad
la da estimacion tal vez
la ocasion en que se dice,
y no es discreto un papel
sino en manos de su dueño;
que quien desde afuera ve,
como ignorante de amor,
nada le parece bien.

Ana. Bien pudiera, amiga hermosa,
tu pena en la condicion
mas dura hacer impresion,
por tuya, y por amorosa:
mira lo que hará en un pecho
que te quiere, y finalmente,
que ya por tan propia siente
tu desdicha, satisfecho
de que perderá por fiel
la vida y alma por tí;
mira qué quieres de mí,
mira lo que quieres de él:
porque guardarte un retrato,
dos papeles y un secreto,
son acciones, te prometo,

á que el pecho mas ingrato
no se pudiera negar,
cuanto mas, amíga, el mio
que sin razon ni alvedrío,
tan obediente ha de estar
á tu gusto; y pues que sabes
que esta es sencilla verdad,
no fio la voluntd
á juramentos mas graves:
y díme, para que yo
sin temer ni dudar nada
de todo quede informada,
qué escándalo se causó
en la calle, y qué se dice
del muerto, y qué hicieron de él?
MAR. Aquel asombro cruel,
aquel estrago infelice
en una silla llevaron
á su casa, y solo sé
que la voz entonces fue
de que acaso le mataron
en la calle, sin que alguno
dijese cómo ni quién,
que no se sabe.
ANA. Está bien,
y ya el fracaso importuno
sucedido, dicha ha sido
no darte la culpa á tí,
y haberse callado asi,

que de tu casa ha salido
la pendencia.

MAR. En este estado
está mi pena hasta hoy;
y porque es tarde me voy,
que no me deja el cuidado
que he traido, sosegar.

ANA. Pésame de que haya sido
cuidado el que te ha traido,
y con tanta causa á honrar
mi casa; solo te pido
en noble satisfaccion
de la amistad y aficion
con que siempre te he servido,
me avises de cuanto pase,
que ya ves cómo me dejas.

MAR. Mis lágrimas y mis quejas
quiso amor que mitigase
á tus umbrales; y así,
á consolarme vendré
de todo á ellos.

ANA. Ya sé
que me dejas prenda aqui,
que te traerá alguna vez,
porque estando el dueño ausente,
podrá el retrato.

MAR. Detente,
porque hago al Cielo juez,
que aunque le estimo y le quiero,

y pudiera traerme, ya
tu amor, doña Ana, será
el que me traiga primero. *Vanse.*

ANA. Inés?

INES. Señora?

ANA. Has oido
todo lo que pasa?

INES. Sí,
y dudar eso de mí,
pregunta escusada ha sido,
por dos razones.

ANA. Y son?

INES. La una, porque sirviendo,
era forzoso que viendo
á mi ama en conversacion,
yo me llegase á escuchar
lo que hablaba, que esta es
ley nuestra, porque despues
tuviese que murmurar.

ANA. Hablando quedo, decia
una dama, que llamaba
su criada (y no mentia),
que lo que mas quedo hablaba,
era lo que mas sentia.

INES. Es la segunda razon
para haberlo yo sabido,
haber con Juana tenido
á parte conversacion;
y nosotras no tenemos

otra cosa de que hablar,
sino solo de contar
todo aquello que sabemos
de nuestras amas; y así,
por dos partes lo supiera,
pues Juana me lo dijera,
cuando no lo oyera aquí.

ANA. Pues ya que todo lo sabes,
no miraremos, Inés,
quien aquel Adonis es,
que causa estremos tan graves
en condicion tan altiva?

INES. El retrato lo dirá.

ANA. Ten los papeles allá.

*Dále unos papeles, y vé el retrato.*

INES. Descubre esa imágen viva,
á quien pincel y color
dan alma, para que aqui
sepa hablar: mas ay de mí!

ANA. Qué ha sido eso?

INES. Mi señor.

ANA. Tén, guarda el retrato luego.

INES. Cóbrate, que te has turbado.

ANA. No estoy en mí, ten cuidado.

INES. Entre bobos anda el juego:
mas leyendo un papel viene;
no trae recelo de nada.

*Sale don Bèrnardo leyendo un papel, y Espinel criado.*

ANA. Parece que no le agrada
lo que la letra contiene.

BERNARDO. Lee: *La vida me va el hablaros con secreto, y no me importa menos: esperadme en vuestra casa, y procurad estar solo en ella.* D. JUAN DE LARA.

BERN. En estraña confusion
me ha dejado este papel:
qué querrá decirme en él
don Juan? que la prevencion
y la brevedad declara
gran secreto y gran cuidado:
decidme vos: sois criado
del señor don Juan de Lara?
Pero no me respondais
hasta que solos estemos,
porque temo los estremos
que él escribe, y vos mostrais:
Ana, tú estabas aquí?

ANA. Que acabases de leer
esperé, para saber
de tu salud y de tí.

BERN. Yo estoy bueno, véte ahora,
porque me importa quedar
solo, que tengo que hablar
con este hidalgo.

INES. Ay señora,
qué haré del retrato?

ANA. Inés,
esperar adentro un rato
á mi padre, que el retrato
ya le veremos despues. *Vanse.*

BERN. Decidme ahora, soldado,
sois criado de don Juan?

ESP. Mis desdichas lo dirán.

BERN. Qué es esto que le ha pasado,
que con tantas prevenciones
me escribe?

ESP. Yo no lo sé,
porque á esas horas me hallé
rezando mis devociones:
anoche le sucedió
allá no sé qué desman.

BERN. Mocedades de don Juan
serian.

ESP. Mas pienso yo
que vejeces.

BERN. Fué de amor
la causa?

ESP. Si te confieso
la verdad, amor fué.

BERN. Y eso
no es mocedad?

ESP. No señor,
sino vejez.

BERN. Qué pasó?

ESP. No lo sé; pero yo infiero
que dió muerte á un caballero.

BERN. Qué decís?

ESP. Lo que él contó.

BERN. Muerte á un caballero!

ESP. Sí.

BERN. Y esta no fué mocedad?

ESP. Heregía es en verdad
creer eso.

BERN. Cómo así?

ESP. A Cain traigo por juez;
la fé en la Escritura advierte,
que no es mocedad dar muerte,
sino la mayor vejez.

BERN. Qué gracias, señor, tan frias,
dejadlas ya, porque son,
para quien habla en razon,
necias las bufonerías;
y decidme: dónde queda
don Juan?

ESP. En San Sebastian
espera un coche don Juan
de un amigo, donde pueda
venir acá, que no quiso,
porque no os canseis, por Dios,
que fuésedes allá vos;
y así, criado de aviso
vine yo.

BERN. Pues vamos presto,
que no quiero que de allí
salga, y suceda por mí
un disgusto.

ESP. Ya es en esto
la diligencia escusada,
que don Juan del coche sale.

*Sale don Juan.*

JUAN. Bésoos la mano, señor
don Bernardo.

BERN. Dios os guarde,
señor don Juan.

JUAN. Novedad
os habrá hecho muy grande
el papel y la visita.

BERN. Estilo estraño y lenguaje;
pero dispuesto á serviros
con mi hacienda, con mi sangre,
con mi honor, y con mi vida.

JUAN. Tomad silla, y escuchadme:
Ya sabeis el amistad *Siéntanse.*
que profesais con mi padre,
señor don Bernardo, y ya
sabeis que es fuerza ampararme,
por él, por vos y por mí,
en cualquier desdicha ó trance
que me suceda: por él,
por las grandes amistades

que los dos teneis cursadas
en las escuelas de Marte,
donde á ser buenos amigos
aprenden los que las saben:
por mí, porque hoy en la corte
no tengo en mi amparo á nadie:
por vos, porque sois quien sois,
y es fuerza que pechos tales
amparen y favorezcan
á quien humilde se vale
de su favor; y asentado
que habeis, señor, de ayudarme,
por él, por vos, y por mí,
voy con el caso adelante.
Anoche, por no cansaros
con ocasiones bien grandes,
á las puertas de una dama
principal, ilustre y grave,
á un caballero, señor,
dí la muerte en una calle;
deste suceso no sé
si se ignora, ó si se sabe
el agresor; y así, estoy
en este caso cobarde,
porque hay criados que fueron
de mi amor participantes.
Si me estoy en mi posada,
es muy posible buscarme,
hallarme en ella, y prenderme:

si pretendo que me guarde
iglesia, ó embajador,
es darme luego por parte,
y culparme yo á mí mismo;
y así, quisiera á una parte,
ni público, ni secreto,
unos dias retirarme:
con esto, estaré á la mira,
seguro que no me hallen,
si me buscan; y si no
me buscan, aventurarse
puede poco en esconderme:
que aunque pudiera indicarme
la fuga, no es en la corte
caso posible, ni fácil
á un forastero echar menos:
no tengo de quien fiarme,
sino de vos; ved ahora
donde podré estar, y amparen
vuestros años á un rendido
huésped que de vos se vale;
amigo, criado y esclavo,
que llega á vuestros umbrales,
que en vuestras manos se pone,
y que á vuestras plantas yace.

Bern. Vos discurristeis tan bien,
á riesgos y hostilidades,
que á mi discurso, don Juan,
poco ó nada le dejásteis

que hacer por vos; bien decis,
pues estando en una parte
retirado, podré yo
secretamente informarme
de todo lo que se dice,
ó se imagina, ó se sabe;
y conforme esto, veremos
lo que convenga; y pues tales
discursos no me dejaron
lugar á mí de mostrarme
en esta parte advertido,
liberal en esta parte,
quiero hacer algo por vos;
y así, en tanto que ahora pase
la furia, ha de ser mi casa,
don Juan, la que os tenga y guarde:
no teneis que disculparos,
que fuera necio desaire
venir á mí por consejo,
y volveros sin tomarle.
JUAN. Dadme mil veces los brazos.
BERN. Solo ahora falta (escuchadme)
que los criados que os vieron
ahora entrar, se desengañen
de que os volveis; y así,
es el desvelo importante:
despedid ese cochero,
demos la vuelta á otra calle,
y entremos sin que os vean.

Juan. Para todo es bien que halle
favor el que en vos le busca. *Vase.*

Bern. Ya os digo, salid adelante:
Ana?

*Sale doña Ana.*

Ana. Señor?

Bern. Ese cuarto
bajo, que á esta cuadra sale,
se aderece, que tenemos
huesped. Adios.

Ana. El te guarde.

*Sale Inés.*

Ines. Se fué, señor?

Ana. Ya se fué.

Ines. Puesto que solas estamos,
este retrato veamos
de aquel Adonis, porque
muero por verle.

Ana. Y en eso
qué te vá?

Ines. Graciosa estás,
saber una cosa mas,
que contar despues.

Ana. Confieso
que es curiosidad que á mí
me ha movido: muestra, pues,
aquese retrato.

Ines. Este es. *Ruido.*

ANA. Mas mira quien anda allí.
INES. Ay señora!
ANA. Qué?
INES. Don Diego,
que como á tu padre vió
salir fuera, en casa entró.
ANA. Ahora á mas penas llego,
pues de verme á mi con él,
gran disgusto me prometo,
ó he de romper el secreto:
lance será mas cruel,
si le ve, que si le viera
mi padre.
INES. Aun bien que sabemos
la escapatoria.
ANA. Qué haremos?
INES. Lo mismo que antes.
ANA. Espera,
que ahora yo le esconderé:
mas ay!
INES. Qué fué?
ANA. Cayó al suelo: *Cáesele*,
si le alzo, daré recelo.
INES. Pondréle yo encima el pie.
ANA. Pues no te apartes de ahí.
INES. El pisarle no dilato.
ANA. Válgate Dios por retrato!
*Sale don Diego.*
DIEGO. Luego que á tu padre ví,

Ana hermosa, me atreví
á entrar á verte, y no ha sido
poco, pues me ha sucedido
una desdicha tan fuerte,
que á mi primo han dado muerte;
ya verás si lo he sentido.
Pero cómo me recibes
tan cruel? qué novedad
divierte tu voluntad?
ó por qué enojada vives?
que en tu hermoso rostro escribes
penas y enojos; turbada
estás, al color negada
de tus mejillas: qué ha sido?
qué tienes? qué ha sucedido?

ANA. Engáñaste, porque nada
me suspende ni divierte:
qué novedad es en mí
turbarme de verte aquí?
con el riesgo que se advierte,
si mi padre.

DIEG. De otra suerte,
Doña Ana, me recibias
otras veces, y tenias
el mismo riesgo que ahora:
ó como el alma no ignora.

ANA. Prosigue.

DIEG. Desdichas mias!

ANA. Qué ves tú de lo que arguyas?

Dieg. La lengua aqui pronunció
desdichas mias, por no
decir.

Ana. Qué?

Dieg. Mudanzas tuyas,
y para que al fin concluyas
de una vez en darme muerte,
quédate con Dios, y advierte
que en sentimiento tan justo,
para no verte con gusto
tengo por mejor no verte.

Ana. Asi, D. Diego, te vas?
espera.

Dieg. O me tengo de ir,
doña Ana, ó me has de decir
de qué tan turbada estás?
que en tu semblante me das
muestras de gran sentimiento.

Ines. Yo te lo diré, oye atento.

Ana. Qué has de decirle, si aqui
no hay nada?

Ines. Fia de mí,
que hablarle verdad intento:
está triste mi señora,
y es muy justa su querella.

Dieg. Calla, Inés, el lábio sella:
ya que mi vida no ignora
que has tenido causa ahora
de estar triste, dí, qué es?

retírate tu allá, Inés,
y dirásme luego á mí
esa ocasion, porque así,
si no conforman despues
los dos dichos, sabré yo
que me tratas con engaño:
para ver un desengaño,
esta industria me enseñó
la justicia.
  Ana. Pues llegó
á ese exámen tu cuidado,
retírate aquí á este lado,
y diréte lo que ha sido:
oyes, Inés?
  Ines. Ya he entendido.
  *Lleva á don Diego hácia delante, y hace señas á Inés.*
  Dieg. Qué la dices?
  Ana. Yo la he hablado?
porque no pienses de mí
eso, antes digo que cuando
contigo esté á parte hablando,
no se quite ella de allí:
clavada has de estar ahí,
Inés. *Pónese Inés sobre el retrato*
  Dieg. Pues dime en secreto,
quien ocasionó este efeto
de tu tristeza?
  Ana. Aqui ha sido

un enfado que he tenido
con mi padre, y te prometo,
que porque son niñerias
caseras, he resistido
el que tú lo hayas sabido,
porque fueran boberias
contarte á tí demasias
del que á ser viejo llegó,
si se gastó, ó no gastó,
cosa que, si en casa pasa,
es buena dentro de casa,
mas para contada no.

*Aparta á doña Ana, y llama á Inés.*

DIEG. Ya tú has dicho: Inés?

INES. No puedo
dar paso adelante yo:
mi señora me mandó
que me estuviese á pie quedo,
tengo á sus preceptos miedo;
de aqui no me he de quitar;
como tudesco es de estar
resistiendo yelo y fuego;
lléguese el señor don Diego,
si tiene que preguntar.

ANA. Vete.

INES. Quieres tú?

ANA. Pues no?
y si sospecha tuviste,
donde Inés estaba (ay triste!)

me quedaré ahora yo:
habla allá.

DIEG. Quien causó
la tristeza de doña Ana?

INES. Qué le diré! esta mañana.

*Vuelve doña Ana al puesto de Inés, quiere recoger el retrato, y velo don Diego.*

ANA. O si yo coger pudiera
el papel, sin que me viera!

DIEG. Aguarda, que no fué vana
mi sospecha; qué papel
es este que está en el suelo?

INES. Papel?

DIEG. Sí.

ANA. Válgame el Cielo!
qué sospecha tan cruel!

DIEG. Pero si saberlo dél
puedo, por qué á dudar llego?

INES. Dimos con todo en el fuego.

ANA. Temor, el alma me robas.

INES. Paréceme que entre bobas
anduvo esta vez el juego.

DIEG. Retrato es, y dice así
el papel en que está envuelto,
enviándole á su dama,
con un retrato, soneto.

Cuando sutil pincel me repetia,
yo en vos, hermoso dueño, imaginaba;
y tanto en vos mi amor me transformaba,

que en vos el alma mas que en mí vivia.
Y así, cuando volver quiso á la mia,
ya en dos mitades dividida estaba,
y ella entre dos semblantes ignoraba
á cual de aquellos dos asistiria.
Así el retrato, á quien el alma muestro
(partiéndole mi amante desvario)
por parecerse mio, vá á ser vuestro;
Y por ser vuestro, ya parece mio:
porque el pincel le iluminó tan diestro,
que retrató tambien el alvedrio.
El castellano epígrama
es docto, elegante y cuerdo,
y de conceptos y voces
florido, elegante y crespo.
Abrió con llave de plata,
para cerrar el concepto
con llave de oro; advertido,
guardó rigor y precepto
en retrato y en papel;
iguales se compitieron
pincel y pluma; retrata
el pincel gala en el cuerpo,
brio y perfeccion; la pluma
pinta en el alma el ingenio.
Tomad soneto y retrato,
y goceisle, ruego al cielo,
en vida del nuevo amante,
por muchos años y buenos;

y á Dios, que las quejas fueran
buenas sobre amor y celos;
pero sobre agravios no,
y estos son agravios ciertos.

ANA. Ha dicho vuesa merced?
Pues escuche ahora atento,
diré yo.

DIEG. Qué has de decir?

ANA. Mis disculpas, con que puedo
satisfacerte.

DIEG. Podrás
poco, ó mal; y así, no quiero
escuchar satisfacciones,
que me maten.

ANA. Yo me acuerdo
de que otra vez me dijiste,
don Diego, en un caso destos,
dáme una satisfaccion,
que aunque sepa yo de cierto
que es mentira, la creeré,
engañándome á mí mesmo,
porque te disculpes tú.

DIEG. Es verdad, yo lo confieso;
mas sabes tú lo que va
desde sospechas de celos
á evidencias?

ANA. Cuales son?

DIEG. Turbarte tú, lo primero;
engañarme, lo segundo;

hallar el retrato puesto
á tus pies, que aunque pintado,
te reconoció por dueño.

ANA. Turbarme yo no fué culpa.

DIEG. Pues qué pudo ser?

ANA. Respeto,
que debes agradecerme;
ponerle á mis pies, trofeo
de tu amor, pues porque entrabas,
hice dél tanto desprecio.

DIEG. A todo has de hallar razones:
yo me rindo, y desde luego
si quieres satisfacerme,
me daré por satisfecho,
á trueco de que me dejes
ir.

ANA. Pues oye y vete luego.

DIEG. Qué querrás decirme? que este
retrato es de un caballero,
que vino á ver á tu padre,
que se le cayó en el suelo:
querrás decirme que ha sido
un tratado casamiento,
y que tu padre le trajo,
quizá porque es forastero:
querrás decirme que fué
de una amiga, que por miedo
de su padre, ó su marido,
te le trajo á tí en secreto.

Cuál destas cosas elijes
por disculpa? Dila presto,
que porque me dejes ir,
la que tu escogieres creo:
quieres mas?

ANA. No quiero mas,
que ya solamente quiero
que te vayas.

DIEG. Qué me vaya!

ANA. Que te vayas, pues fué cierto
que si te detuve, fué,
por decirte de secreto
la verdad, ya tú la sabes,
una es de las que has propuesto;
y así, ni tú que saber,
ni yo que decirte tengo.

DIEG. Ya que yo he dado las armas,
doña Ana, contra mí mesmo,
sola una cosa te pido,
y es.

ANA. No temas, dila presto.

DIEG. Que pues tienes tres disculpas
en que escoger, y yo creo
que es lo mismo una que otra,
que elijas el casamiento,
que es de los tres menor mal.

ANA. Pues no fuera mas mal, siendo
el galan que le perdió?

DIEG. No, porque es claro argumento,

que de una muger principal
nunca dijo galan tengo,
y tengo marido sí;
con que son mayores celos
de marido, cuánto vá
de ser dudoso á ser cierto;
pues aquesto es sospechoso,
y esotro fuera saberlo.

ANA. Pues ni celos de marido,
ni de galan son, ni fueron,
que una imágen me lo dió.

DIEG. Tomaste el mejor consejo.

ANA. Sí, que es decir la verdad.

DIEG. Pues dime cuál es, supuesto
que ya lo sé.

ANA. Es imposible.

DIEG. Por qué?

ANA. Impórtame el secreto.

DIEG. Importa mas que mi vida?

ANA. Baste decir que no puedo
decirlo.

DIEG. No es grande amor,
amor que guarda silencio.

ANA. Importan honras y vidas
los secretos.

DIEG. Yo lo creo,
mas honras y vidas saben
aventurarse queriendo.

ANA. Las propias sí.

Dieg. Y es agena
la mia?
Ana. No, mas por eso
te desengañé.
Dieg. No hicieras,
si yo no diera el remedio:
ó dime quien es la amiga,
ó no lo creeré.
Ana. No puedo.
Dieg. Muger eres, poco importa
que descubras un secreto;
no aspires, doña Ana, á ser
el prodigio destos tiempos.
Ana. Quien fué prodigio de amor,
sabrá serlo del silencio.
Dieg. No quiere la que á su amante
no descubre todo el pecho.
Ana. No es noble quien le descubre,
cuando va una vida en ello.
Dieg. En fin, no lo has de decir?
Ana. No.
Dieg. Pues en nada te creo.
Ana. Válgate Dios por retrato,
en qué confusion me has puesto!

## JORNADA SEGUNDA.

*Salen don Bernardo y doña Ana.*

BERN. No le he podido escusar,
y hospedarle me conviene.
ANA. Un hombre que en casa tiene
una hija por casar,
bien escusarse pudiera
á huesped que es tan galan.
BERN. Tengo al padre de don Juan
obligaciones, y fuera
el hombre de mas vil trato
del mundo, si lo negára
yo, y en su ausencia faltára
á honras, y deudas ingrato;
acuérdome que le debo
la vida; un traidor cruel
me mata, sino es por él;
mira si en vano me muevo.

*Sale don Juan.*

JUAN. De mi aposento salí
con ánimo de llegar
á vuestros pies á pagar
la merced que recibí,
con razones solamente,
que con obras no podré,

y en mirándoos, me turbé:
confieso que dignamente,
porque al dar satisfaccion
de dicha y merced tan alta,
falta voz á la voz, falta
á la razon la razon;
y ya que gracias no puedo
dar, daré quejas de vos,
señores, pues de los dos
con causa ofendido quedo,
pues al temor que me indicia,
huyo persona y hacienda,
que la justicia me prenda;
y entrambos, sin ser justicia,
me prendeis, y no es, sospecho,
sino verdad lo que veis,
pues hoy los dos me poneis
en obligacion, que el pecho
satisfacer no pudiera,
si con la vida pagára;
y esta á pagar no llegára
con mil vidas que tuviera.

Bern. Señor don Juan, cumplimientos
de ociosas urbanidades
ofenden las amistades
sencillas, sin fingimientos.
Esta es vuestra casa, en ella
os servirán, no la hagais
prision, pues tan libre estais,

que teneis las llaves della.

Ana. No señor, no digas tal;
deja que en esta ocasion
haga la casa prision,
pues le va en ella tan mal;
muy bien se lo ha parecido,
razon debe de tener,
pues que prision viene á ser
donde está tan mal servido.

Juan. Que es prision, yo lo confieso
otra vez, y con razon,
donde vive el corazon,
y el entendimiento preso.

Bern. Bien es que yo entre los dos
ponga paz.

Juan. Y yo la pido,
que me confieso rendido:
Espinel?

*Sale Espinel.*

Esp. Gracias á Dios,
señor, que he llegado á verte
con vida.

Juan. Qué ha sucedido?

Esp. Todo el caso se ha sabido.

Juan. De qué suerte?

Esp. Desta suerte.
Para coger los caminos,
y saber lo que pasó,

de aquella calle prendió
la justicia á los vecinos.
No faltó quien con verdad
diese el punto al desengaño;
oh bien haya un ermitaño!
que vive sin vecindad.
Y aquesta noche pasada
la justicia nos rondó
la posada, al fin entró
en ella de mano armada;
preguntó por tu aposento,
y diciéndole que habias
faltado dél muchos dias,
le mandó abrir al momento:
y viendo que era un estrago,
la ropa desenvolvieron
muy corridos, porque dieron,
como dicen, golpe en vago.

Bern. Esperadme, que yo iré
á informarme con buen modo
en la provincia de todo,
que yo sé que lo sabré.
Tú no te salgas de aquí,
Espinel, que fuera error:
preso como tu señor
has de estar, porque si allí
hoy te hubieran conocido,
buen descuido habiamos hecho,
confiando de tu pecho

lo que callar se ha querido:
esta es la hora que ya
te hubieran dado tormento.

Esp. Tormento á mí? lindo cuento!

Bern. Pues no?

Esp. El tormento se da
á hombrecillos de nonada,
porque á mí, aunque me cogieran,
sé bien que no me le dieran.

Bern. Por qué?

Esp. Es cosa averiguada,
no tienes que preguntarme.

Bern. Eres hidalgo?

Esp. Sí soy,
mas sin esa causa hoy
sé yo otra, para librarme
mejor.

Bern. Cuál es?

Esp. Yo la sé,
y baste decir que á mí
no me le dieran.

Bern. Así?
eso sabes?

Esp. Sí.

Bern. Por qué?

Esp. Pues tanto aprietas, lo digo:
confesára yo al momento,
y no me dieran tormento.

Bern. Buen criado, y buen amigo.

Esp. No hay amigo, ni criado,
que en llegándome á doler,
vive Dios, que han de saber
Papa y Rey cuanto ha pasado.

Juan. No hágais caso desto vos,
que si en la ocasion se viera,
diferentemente hiciera.

Esp. No hiciera tal, vive Dios.

Bern. Ahora bien, quedad aquí,
en tanto que mi cuidado
vuelve de todo informado. *Vase.*

Ana. Mucho me pesa que así
esta posada os reciba,
y halleis lo primero en ella
tal pesar.

Juan. Doña Ana bella,
antes fué bien que aquí viva
tan vecino del consuelo,
pues en esta casa he hallado
á mis desdichas sagrado.

Ana. Guardeos Dios. *Vase.*

Juan. Guardeos el Cielo.

Esp. Pues así la dejas ir?

Juan. Qué he de hacer?

Esp. Qué? detenella,
enamorarla, y con ella
engañar y divertir
el retiro y la prision.
Desconsolado viviera

en ella yo, si no hubiera
mugeril conversacion:
donde hay muger, no hay pesar.

JUAN. Sí, pero no echas de ver
que esta muger no es muger.

ESP. Yo no, si á considerar
me pongo su talle y cara:
vuelve, y echarás de ver,
que es muger, y muy muger.

JUAN. Espinel, mira y repara
en que es muger en quien vive
de un grande amigo el honor,
que me ofrece su favor,
que en su casa me recibe,
que sus espaldas me fia,
que su hacienda no me niega,
que sus secretos me entrega,
que su opinion me confia;
conocerás luego aquí,
que esta muger no es muger,
pues que nunca lo ha de ser,
á lo menos para mí.

ESP. Aun bien, que en leyes de honor
no llegan á los criados
titulillos tan honrados,
y podrán tener amor
en la casa del Sofi,
del Persa y del Preste-Juan.

JUAN. No podrán.

Esp. No?

Juan. No podrán,

y por Dios, que si de tí
que miras en casa, sé,
una esclava, que te mate.

Esp. Fuera grande disparate;
pero no la miraré,
si es eso cuanto procuras,
pues puedo, sin ofenderte,
enamorar.

Juan. De qué suerte?
dilo.

Esp. Enamorando á oscuras:
mochuelo seré de amor.

Juan. Mi amistad sirva de ejemplo,
que esta casa ha de ser templo
de las aras del honor.

Esp. Si ese decoro tuviera
Gonzalo Bustos de Lara
en su prision, cuánto errára!
pues Arlaja no le oyera;
no oyéndole, no se hallára,
si mejor se considera,
preñada la mora arriera;
no estándolo, no llegára
á parir; y no pariendo
la enamorada morilla,
no naciera Mudarrilla,
y su ilustre sangre entiendo

que por vengar se quedára;
no vengándose tambien,
no hubiera en el mundo quien
á Rui Velazquez matára;
no matándole, viviera
con vida y alma traidora
aquel bellaco; así ahora
mira tú qué bueno fuera:
atrévete tú tambien,
galantea en lance igual,
que tal vez un grande mal
viene por un grande bien.

JUAN. Hoy de la opinion te sales
de todos, no digas tal,
porque un mal fiero y fatal
es nuncio de muchos males;
y así, no llego á sentir
tan rendido á mi destino
el mal, Espinel, que vino.

ESP. Pues cuál?

JUAN. El que ha de venir. *Vanse.*

*Sale don Diego.*

DIEG. Amante que ha de volver
con mas sentimiento y quejas
á pedir satisfacciones,
para qué se vá sin ellas?
Para qué, quien ha de verse
humilde, tiene soberbia?

quien ha de buscar, se esconde?
quien ha de rogar, desprecia?
y al fin, al fin, para qué
quien ha de volver, se ausenta?
Para qué en estos umbrales
juré con lágrimas tiernas
de no volver á pisarlos,
si apenas lo dije, apenas
lo pronuncié, cuando al punto
el juramento quisiera
quebrantar? Y es la verdad,
pues al tiempo que la lengua
dice que no ha de volver
á esta calle y á estas rejas,
sin saber quien me ha traido,
me vuelvo á mirar en ellas.
Con qué ocasion entraré
á hablarla, porque no vea
en mí tanto rendimiento?
Diré que vengo á dar quejas
de que... Pero nó, que amante
que llega á quejarse, muestra
sentimientos. Pues diré
no mas de que vengo á verla?
Sí, que en hombres como yo,
y en mugeres de sus prendas,
la correspondencia es bien
que viva, aunque el gusto muera:
pero es achaque á lo antiguo,

que nadie hay ya que no sepa
las amistades que tienen
en pie las correspondencias.
Mas ella viene, yo quiero
hablarla aquí, sin que entienda
(ocasion me da el retrato)
que siento tanto su ausencia:
corazon, esto se llama
sacar fuerzas de flaqueza.

*Retírase á un lado, y sale doña Ana é Inés.*

INES. Digo que don Diego entró
en casa.
ANA. Albricias te diera,
si no fuera poco precio
el alma de tales nuevas:
qué gusto me has hecho, Inés!
INES. Si tú misma lo confiesas,
por qué, dí, no le llamaste?
puesto que el quejoso era,
y con razon.
ANA. Nécia estás,
Inés, que la gracia es esa,
que teniendo él la razon,
yo tiranice la queja;
y él sin queja, y con razon,
sin que le llame, se venga.
DIEG. Novedad os habrá hecho *Llega.*
la visita, mas es fuerza

venir ahora á cansaros,
que, á no serlo, no viniera;
y así os ruego que me oigais.

ANA. Ola, Inés?

INES. Señora?

ANA. Llega
silla á aqueste caballero,
que visitas como estas
de tan grande cumplimiento,
y que al fin se hacen por deuda,
(pagar me tiene la entrada) (*aparte*)
no se reciben sin ellas:
sentaos, y decid ahora
qué mandais, que si no yerran
ideas, de haberos visto
alguna vez se me acuerda.

DIEG. Sí habeis visto, y no me espanto
que no conozcais las señas,
porque me visteis dichoso,
y ya los favores truecan
las desdichas.

ANA. De eso mismo
he visto yo una comedia;
pero en efecto, señor,
qué buena vida es esta?

DIEG. Un recado, que os traia
de un caballero, quisiera
que me oigais.

ANA. Pues ya os escucho,

proseguid.

Dieg. Estadme atenta.

Ana. Decid.

Dieg. Don Diego de Silva.

Ana. Tened un poco la lengua:
quién es ese caballero?

Dieg. No os puedo yo dar respuesta,
que no sé quien es; si vos
me preguntárais quien era,
yo lo dijera.

Ana. Está bien;
don Diego, ya se me acuerda:
y qué dice el tal don Diego?

Dieg. Dice, señora, que besa
vuestras manos: vive Dios, (*aparte*)
que estoy mudo.

Ana. Yo estoy muerta, (*aparte*)
pero beberá el veneno
de quien visita por fuerza.

Dieg. Y que viendo que el amor
con alas de fuego vuela
tan veloz, que deja atrás
al tiempo; y esto se prueba
por muchos años de afecto,
de amor y correspondencia,
aun este instante de tiempo
quiere el cielo que se pierda,
olvidado de su argavio,
dejando aparte las queejas,

(miente la voz, si lo dice; (*aparte*)
miente el alma si lo piensa)
este retrato os envia,
este soneto os entrega,
lámina y papel que amor
obró con tal sutileza,
que escedió el ingenio y arte;
porque no es razon que tenga
prendas él de vuestro gusto
en depósitos de ausencia;
y dice mas, que os lo envia
para testimonio y prueba
de que ya no sentirá
que vuestras manos le tengan;
que el tiempo que dilató
remitir la tal presea,
fué, porque entonces temia
que le diera alguna pena
saber que en vuestro poder
estuviese; mas hoy llega
á tan grande desengaño,
viendo la mudanza vuestra,
que él os le dá y yo le traigo,
porque muger que así deja
acreditada su culpa
en manos de la sospecha,
que no da satisfacciones
á justificadas quejas,
que estima el honor en poco,

que no teme sus ofensas,
que hace de la presuncion
determinada evidencia,
y que no busca culpada
á quien con rigor se ausenta,
ni quiere bien, ni ha querido;
y así, la olvida y la deja,
porque muger sin amor
qué se pierde en que se pierda?

*Levántese don Diego.*

Ana. Eso mismo, sin quitar,
y sin poner una letra,
lo dijo en cierto romance
Bras á su querida Menga.
Mas don Diego, ya que es tiempo
que hablemos todos de veras,
volved á tomar la silla,
y cuando por mí no sea,
á quien el recado trae,
toca llevar la respuesta.
Yo soy quien soy, vos teneis
de mí muy bastantes muestras,
pues sabeis un favor mio
cuantos desvelos os cuesta:
pésame que en tanto tiempo
de amor y correspondencia,
como vos decís, no hayais
conocido por las señas
mi condicion tan altiva,

que en sus presunciones llega
á competir rayo á rayo
con el sol y las estrellas,
á quien en número y luces
han vencido mis finezas:
y ya que tan al principio
está la voluntad nuestra,
en esta parte no mas
volveré á informaros della.
Yo os dije que ese retrato
me dió una amiga, y que es fuerza
callar el nombre, no hice
en esto mas diligencias,
para que vos lo creyéseis,
porque la verdad se prueba,
sin mas testigos de abono,
que con ser la verdad mesma.
Dadme que hubiera mentido
en la disculpa primera,
que yo os hubiera buscado,
y con estremos hubiera
acreditado el engaño;
que como mentira fuera,
la misma desconfianza
no me dejára tan quieta,
hasta que la hubiéseis vos
creido, y es verdad tan cierta
que tenemos las mugeres
tanto gusto de que crean

nuestras mentiras los hombres,
que solamente por esta
ocasion hubiera hecho
yo mayores diligencias.
La verdad es la que os dije;
si vos no quereis creerla,
parte es tambien de verdad
el haber dudado della,
porque si fuera mentira,
con mas ventura naciera;
mas como no las usamos,
no me espanto que os parezca
imposible en mí el decirlas,
como en vos el conocerlas.

DIEG. Decidme quien es la amiga,
y os creeré.

ANA. Sí lo dijera
si os importára el saberlo,
mas quien viere aquí, que es fuerza
que me olvide quien no siente
que yo este retrato tenga,
para qué ha de saber nada?

DIEG. Por esa razon, per esa
merezco mas la disculpa.

ANA. No entiendo como ser pueda.

DIEG. Amante que dice agravios,
celoso que dice quejas,
olvidado que baldona,
aborrecido que afrenta,

desesperado que injuria,
y triste que desespera;
ese siente, ese se abrasa,
ese estima, ese desea,
ese obliga, ese pretende,
ese se rinde, ese ruega,
porque á la lengua los celos
la dieron esta licencia.

Ana. Cobardes deben de ser,
pues se valen de la lengua:
mas dama que satisface
y ofendida, no se queja;
agraviada, no se enoja;
baldonada, no se venga;
despreciada, no aborrece;
aborrecida, no deja;
esa perdona, esa admite,
esa disimula, ó cela,
esa adora, y esa estima,
esa quiere, y esa precia;
que es vil muger la que á un hombre
descubiertamente ruega:
porque tiene la muger
tan altiva preeminencia,
que han de buscarla quejosos,
y entonces con mas finezas,
y aun plegue á Dios que nos hallen
de la suerte que nos dejan.

Dieg. Y si volviera á buscaros

al instante la fineza
de un amante, de qué suerte
os hallára?
ANA. Con mil quejas
de que de mí se creyesen
tan declaradas bajezas.
DIEG. Quien quiere, teme.
ANA. Es verdad,
y es bien que quien quiere tema
perder el bien, pero no
mudanzas tan manifiestas.
DIEG. Pudiera desenojaros,
cuando rendido volviera?
ANA. No volverá quien me dijo.
DIEG. No lo digas, cierra, cierra,
los lábios: mas si volviese?
ANA. No sé entonces lo que hiciera.
DIEG. Diérasle una blanca mano,
para que jurase en ella,
con homenage de amor,
de no hacerte mas ofensa?
ANA. Para que jurase sí.
DIEG. Qué mano le dieras?
ANA. Esta.
DIEG. Qué dicha! *Toma la mano.*
INES. Gracias á Dios,
que llegamos á la venta.
DIEG. Y el retrato?
ANA. Ténle tú.

hasta que al dueño le vuelva.

DIEG. Eso no, porque llevarle,
fuera durar la sospecha
en mí; quédate con él,
y á Dios, que temo que venga
tu padre.

ANA. Guárdete el Cielo,
como mi vida desea.

DIEG. Podré fiarlo á tus ruegos?

ANA. Sí, que entonces fuera eterna.

DIEG. Y aun será para adorarte
poco tiempo, aunque lo sea.
Adios: oh qué dulces paces! *Vase.*

ANA. Adios: oh qué dulces guerras!

INES. Gracias á Dios, que ya estamos
en paz; y gracias á Dios,
llegó el tiempo en que las dos
ese retrato veamos.
Descubre este encanto, esta
sombra: sepamos quien fué
quien, sin qué, ni para qué,
tantos disgustos nos cuesta.

ANA. Bien dices: ay Dios!

INES. Qué ves? *Mirando el retrato*

ANA. Como decirlo dilato?
Inés, díme, este retrato
de nuestro huesped no es?

INES. Sí, señora, y el estar
por una muerte escondido,

conviene con haber sido
el que en aqueste lugar
nos contó doña María.

ANA. Si esto acaso se escuchára
en una farsa, faltára
quien dijese que no habia
sido posible causar
tantas cosas un sugeto?
que estoy rendida, prometo,
á un pesar y otro pesar.
Inés, qué tengo de hacer
viéndome en esta ocasion
en tan grande confusion,
sin elegir, sin saber
qué camino es el que siga,
que seguro puerto halle?
pues es forzoso que calle
lo que es forzoso que diga.
Si callo á D. Diego yo
que está en mi casa escondido
un hombre que retraido
vive en ella, cómo no
se ha de ofender con razon,
cuando lo llegue á saber
de que yo pude tener
alma, vida y corazon
para guardar un secreto,
cuando en pecho enamorado
no hay secreto reservado?

Si con diferente efecto
se lo digo, quien podrá
satisfacerle de mí,
sabiendo que un hombre aquí
á todas horas está;
y mas si adelante pasa
el temor, y llega á ver
el retrato en mi podeı,
y el caballero en mi casa?
Callar aquí, no es amar,
y ese yerro vendrá á ser
el primero que muger
haya hecho por callar.
Hablar aqui (triste quedo!)
es advertirle, y no es justo,
porque es de mi padre gusto,
que yo remediar no puedo.
Despertar estos desvelos,
es hacer de noche y dia
una contínua porfia
de agravios, penas y celos:
Hablar y callar temí;
hablar y callar deseo:
conmigo misma peleo,
defiéndame Dios de mí.

Ines. Pues señora, el desengaño
viva donde hay voluntad,
la verdad siempre es verdad,
y el engaño, siempre engaño.

Ana. Que la verdad es verdad,
confieso; pero tambien
con la verdad yerra quien
castiga la voluntad.

Ines. Calla, que viene el señor
huesped de espadilla allí.

Ana. Por qué le llamas así?

Ines. Porque es huesped matador.

*Salen don Juan y Espinel.*

Juan. Un cuidado os vengo á dar,

Ana. No será el primer cuidado
que vos, don Juan, me habeis dado.

Juan. Pesárame de llegar
á ser tan necio, que fuese
causa yo, porque no es justo
dar cuidado ni disgusto
en esta casa.

Ana. No os pese
de eso á vos, porque no ha habido
causa para haberos dado
este cuidado, cuidado
aunque para mí lo ha sido:
y qué mandais en efecto?

Juan. Solo os quisiera pedir,
porque me importa salir
aquesta noche en secreto
á ver una hermosa dama,
(perdonad, que la licencia

ha dado en vuestra presencia
la disculpa de quien ama)
que vos se la deis á Inés
de abrir la puerta.

ANA. Tan grave
cuidado es ese? La llave
dá al señor don Juan despues,
para que pueda salir;
que yo sé en fineza tal,
no de buen original,
como se suele decir,
empero de buen retrato,
que hareis en verla muy bien,
porque sé que os quiere bien,
y hareis mal en ser ingrato:
y al fin, hoy quereis salír?

JUAN. Al punto que espire el dia.

ANA. Solo vos, ó en compañía?

JUAN. Espinel conmigo ha de ir,
porque delante de mí,
si acaso acierto encontrar
la ronda, pueda escapar.

ESP. Mientras me prenden á mí?
muy buena piedad, por Dios.

JUAN. Y tambien quiero llevalle,
porque se quede en la calle,
mientras hablamos los dos.

ESP. Yo en la calle? quién te ha dicho
que soy valiente? Detente,

que tenerme por valiente,
es un galante capricho.

Juan. Qué valentia es estar,
para avisar si alguien viene?

Esp. Pues vamos, que ya previene
una industria singular
mi ingenio; no solo quiero
avisarte diligente,
mas de un escuadron de gente
guardar aquel barrio entero.
Un alma no ha de pasar
por la calle, no señor,
ni otras diez al rededor,
que yo las quiero guardar
con mi capa y con mi espada
no mas, venza á la fortuna
la industria; y hoy para una,
que yo tengo fabricada,
convido á vuesas mercedes;
hombre no me pasará,
porque yo haré: pero allá,
dijo Agraxes, lo veredes. *Ruido dentro.*

Juan. La puerta abrieron, por Dios.

Ana. Es verdad, y pasos siento.

Juan. Espinel, á este aposento
nos retiremos los dos. *Vanse.*

Ines. Doña María es.

Ana. Leal
vendrá este instante, este rato

á solo ver un retrato,
donde está el original.

INES. Y piensas decir que aquí
está don Juan?

ANA. Para qué?
en decírselo no sé
si acierto en callarlo sí,
porque si su gusto es
que ella sepa donde está,
puesto que ha de verla allá,
podrá decirlo despues.

INES. Y le has de callar tambien
de su retrato el suceso?

ANA. Para qué ha de saber eso?

INES. Parecióme á mí que quien
te fió su amor aquí,
saber el tuyo podia.

ANA. Siempre fué doctrina mia,
que nadie tenga de mí
que callar; con que así yo,
que á saber secretos vengo
de todas, que callar tengo;
mas ellas de mí, eso no.

*Salen doña María y Juana.*

MAR. Las visitas de amigas
dan mas gusto y contento,
sin mayor cumplimiento.

ANA. Mas en eso me obligas,

porque las amistades
han de ser sin urbanas vanidades:
como estás?

MAR. Estoy buena,
y siempre á tu servicio.

ANA. Tu hermosura da indicio
de que acabó la pena:
cómo vá? qué hay de nuevo?

MAR. Apenas á contártelo me atrevo:
dos amantes tenia
á un tiempo juntamente,
y uno muerto, otro ausente,
los dos perdí en un dia.

ANA. En nosotras es cierto
que el ausente contamos por el muerto.

MAR. No, porque de mi olvido
se queje el del retrato,
mas porque tan ingrato
conmigo ha procedido,
que á mí tambien se esconde,
sin avisarme cuando, como, ó donde.

ANA. El quizá lo desea;
alentarte procura,
podrá ser, por ventura,
que aquí te escuche y vea
el mismo del retrato.

MAR. Sin él me iré, por no mirarle ingrato.

ANA. Qué, nada dél supiste?

MAR. No, amiga, ni aun noticia del criado,

que aqui se habia quedado,
con quien la ausencia triste
á ratos divertia,
ya tampoco sé dél.

ANA. Qué tiranía!

MAR. Busquéle, pero en vano:
esto hay en esta parte,
de que pueda avisarte.

ANA. Y dime, de tu hermano
como están los recelos?

MAR. Muy malos.

ANA. Cómo así?

MAR. Mátame á celos:
Si supiera que habia
llegado aquí, no hubiera
quien en casa cupiera.

ANA. Pues él de mí podia
tener sospecha alguna?

MAR. Como á eso me ha traido mi fortuna:
de tí no sospechára
cosa que indigna fuera,
pero de mí tuviera
queja evidente y clara,
sabiendo que he salido
á la calle mayor, y aqui he venido.

ANA. Pues no estás muy segura
aquí de que te vea, y tendrá queja.

INES. Aunque es cosa muy vieja
decir, cuando la voz ocasion toma,

esto del ruín de Roma
y el lobo en la corneja,
tu hermano en casa ha entrado.

MAR. Escóndame este cuarto.

ANA. Está cerrado,
no entres en él.

MAR. Abierto está.

ANA. Detente.

MAR. Pues sálesme al encuentro?

ANA. Sí, porque es entrar dentro
mayor inconveniente,
que verte aquí tu hermano.

MAR. Mayor inconveniente?

ANA. Sí, y es llano.

MAR. Poco de mí confias.

ANA. Es mucho lo que guardo.

MAR. Ya en esconderme tardo.

ANA. Pues en corto venias,
cúbrete con el manto,
que no ha de conocerte.

MAR. Ay Cielo santo!

*Tápanse doña María y Juana, retíranse, y sale don Luis.*

ANA. Señor don Luis, qué es esto?

LUIS. Es la ocasion en que un rigor me ha puesto:
no dudo yo, señora
doña Ana, que tengais esta locura

á atrevimiento ahora;
pero mi amor examinar procura
si á la osadia sigue la ventura.
Si me he atrevido á veros,
sin temer enojaros, y que airada
me hableis, fué, por saber que en ofenderos
poco aventuro, ó nada,
pues que siempre conmigo os ví enojada.

Ana. Señor D. Luis, ya vuestro estilo pasa
de galan á grosero: con qué intento
entrais en esta casa,
donde aun veloz el viento
recela introducir un pensamiento?
qué dirá esta señora
amiga, que ha venido á visitarme,
viéndoos entrar tan atrevido ahora
en mi casa?

Luis. Que quise aventurarme
á morir; ya esa dama recatada
sabrá lo que es amor.

Mar. Estoy turbada.

*Sale don Diego.*

Dieg. Seguí á don Luis, celoso de miralle
estar en esta calle,
y á tanto el temor pasa,
que despues le ví entrar dentro de casa:
y así, desesperado,
sin reparar en nada, aquí he llegado:

Ines. Don Diego.

Ana. Ay triste!

Mar. La ventura mia
le trajo.

Dieg. Aunque no ha sido cortesia
introducirse, cuando
dos en conversacion están hablando,
esta vez fuera nécio, si no fuera
descortés.

Ana. Muerta estoy.

Dieg. Y de manera
mi poco ingenio precio,
que he de ser descortés por no ser nécio:
vaya, pues, adelante
la plática, mi vista no la espante.

Luis. Señor don Diego, que llegueis ahora
(de cólera estoy loco)
á la conversacion importa poco,
pues lo público della no se ignora:
mas que llegueis, pensando
que haceis disgusto en el llegar.

Ana. Temblando
estoy.

Luis. Importa mucho;
y así.

Mar. Cielos, qué escucho!

Luis. A quien imagináre
que á mí me hace pesar, cuando llegáre
á ver el sol, en solo un pensamiento,

un átomo, un intento,
una imaginacion, sabré.
DIEG. Salgamos
de aquí, porque no estamos
bien entre damas para responderos.
LUIS. Calle la lengua y hablen los aceros.
ANA. Ah don Diego? ah señor?
LUIS. Venios conmigo. *Vase.*
DIEG. Guiad vos, donde ya os sigo.
ANA. No seguirás, detente.
DIEG. Suelta, ó harás que alguna accion intente
contra tanto respeto;
suelta, doña Ana.
ANA. Ya ningun efeto
que ha de ofenderme espero,
como tú no le sigas.
MAR. Si es que acaso te obligas *Llega.*
de ruegos de muger, por caballero,
por noble, y por amante,
detenga tu furor el ver delante
una muger.
DIEG. Solicitais en vano
tenerme todas ya.
MAR. Ved que es mi hermano.
INES. Pues nada le detiene, (*aparte*)
eso le detendrá: mi señor viene.
ANA. Ya no puedes salir sin riesgo mio.
DIEG. Pues en este aposento me desvio,

hasta que salir pueda,
y la ocasion el cielo me conceda
de vengar mis agravios y mis celos.

ANA. Aun mayor confusion es esta, cielos:
no entres aquí, detente, espera, aguarda.

DIEG. Todo te aflige, todo te acobarda:
temores te concedo,
si me voy, si me escondo y si me quedo;
si me voy, te parece
que á la muerte mi cólera me ofrece:
si me estoy, que me encuentra
tu padre, que ya entra:
si me escondo, tambien: qué ha de ser esto,
cuando entre confusiones estoy puesto?

INES. Bien puedes sosegarte,
que yo, por detenerte y reportarte,
y porque no salieses, he fingido
que mi señor venia; pero ha sido
engaño.

ANA. Bien has hecho,
Inés, que el alma le volviste al pecho:
ya para ir tras don Luis, señor, es tarde:
sosiega.

DIEG. Con indicios de cobarde,
cómo un hombre pudiera
sosegar, si otra causa no tuviera
que aquí le detuviese?
Yo he de saber, aunque al honor le pese,
que inconveniente habia

de entrar á este aposento, quien temia
que tu padre le hallase.

ANA. Que á tal estremo mi desdicha pase!

DIEG. Porque el pecho turbado,
torpe la lengua, el corazon helado,
el lábio temeroso,
suspensa el alma, el ánimo dudoso,
no sé si es mayor daño
seguir mi muerte, ó ver el desengaño
desta sospecha vil: valedme, cielos,
porque mi agravio aflige mas mis celos;
y así, de dudas lleno,
Tántalo de veneno,
teniendo á mi despecho,
al cuello un lazo y un puñal al pecho,
ignoro en mal tan fuerte,
habiendo de morir, cual es mi muerte.

ANA. Don Diego, si me estimas,
si á obligarme te animas,
cree de mí, que te adoro,
que siento tu dolor, tu pena lloro,
que agradarte pretendo,
que no puedo agraviarte, ni te ofendo:
y no quieras saber por qué he tenido
reservado ese cuarto, pues no ha sido
ofensa tuya.

DIEG. Dasme mas recelo,
con tantas prevenciones, vive el cielo,
que he de saber quien el retrete esconde.

MAR. A mi gusto su enojo corresponde,
porque saber deseo
qué encanto es el que aqui...

ANA. Mi muerte veo:
mi bien, señor don Diego,
mira.

DIEG. Todo soy rábia, y todo fuego.

ANA. Que me pierdo y te pierdes de ese modo.

DIEG. Donde me pierdo yo, piérdase todo,
que he de entrar á apurar en dudas tales
mis penas, mis desdichas y mis males,
publicando mi voz en tanto dolo,
que con bien vengas mal, si vienes solo.

## JORNADA TERCERA.

*Sale don Juan embozado, y don Diego las espadas desnudas, y tras ellos doña María tapada, y doña Ana y las criadas.*

DIEG. No os encubrais, caballero,
que es en vano, vive Dios,
porque á riesgo de mi vida,
tengo de saber quien sois.

JUAN. En vano lo solicita
osado vuestro valor,
porque de mi vida al riesgo

tengo de callarlo yo.

MAR. Llega presto.

ANA. Caballeros,

tened las armas, por Dios,
mirad que está de por medio
poniendo paces mi honor:
asi atropellais mi fama?
así mi reputacion?
así á una ilustre muger
quereis destruir los dos?
por lo que puede acabar
mansamente la razon,
sin perder nadie, quereis
que todo lo pierda yo?
D. Diego, escucha, si pueden
las alas del corazon
enviar desalentadas
algun socorro á la voz.
Y vos, ilustre don Juan,
generoso huesped, vos
no tengais á liviandad
dar esta satisfaccion
á quien aun no es mi marido:
y pues noble, y cuerdo sois,
ya habreis visto que esto es,
no sé si lo diga, amor:
amor tan sin esperanza,
que es verdad que no llegó
á tener de los deseos

celos siquiera el honor;
mas cuando se ve culpada
una muger, como yo,
siendo un átomo de ofensa
sombra de una presuncion,
todo lo ha de aventurar,
que para aquesto nació
la que es principal muger,
con honra y obligacion,
para tener que perder
cuando llegue la ocasion.
Defendiendo yo esta puerta
y estando encerrado vos
dentro del cuarto, mirad,
mirad si tendrá razon
de tener de mí don Diego,
no recelo ni temor,
sino evidencia y certeza
de que he afrentado á quien soy.
Volved por mí, pues vos fuisteis
la causa; esta obligacion
tiene á cualquiera muger
el hombre mas inferior,
cuanto mas el caballero,
que parece que nació
(es verdad, no lo parece)
para defensa y favor,
para amparo, para guarda,
para columna y blason

del honor de una muger.

JUAN. En dudas tan imposibles (*ap.*)
quién en el muudo se vió
cercado de tantos males,
viendo en mí, cuando llegó
el primero, los que habian
de seguirle, porque son
eslabones unos de otros?
qué duda! qué confusion!
Si me descubro, es el riesgo
de mi ausencia ó mi prision
evidente; si porfío
en encubrirme, es error,
pues la opinion desta dama
padece sin ocasion;
pue si lo callo, él de amante,
desesperado y feroz
ha de querer conocerme,
y es el peligro mayor.

ANA. Señor don Juan, qué dudais?
hablad, que si vos quien sois
no decís, pues yo lo sé,
habré de decirlo yo.

JUAN. De dos años ya rendido
aquí, siendo este el menor,
me descubro. *Descúbrese.*

DIEG. Ay Dios, qué veo!

MAR. Qué miro, válgame Dios!

DIEG. Donde busco desengaños

desdichas hallando voy.
MAR. Aquel no es don Juan?
JUANA. Señora,
puede eso dudarse?
MAR. No;
encubierto en esta casa
don Juan, y me lo negó
doña Ana, viendo el retrato?
DIEG. Qué es esto que viendo estoy?
Este el dueño es del retrato
que ví: qué agravio mayor!
El escondido en su casa,
el retrato en ella, y yo
dispuesto á esperar disculpas?
puede haberlas? plegue á Dios.
JUAN. Caballero, pues que os hable,
importa una prevencion.
DIEG. Decid.
JUAN. Si vos me pidieseis
aquesta satisfaccion,
no os la diera, que no saben
caballeros, como yo,
dar satisfaccion á quien
tiene con tanto valor
la espada en la mano, y es
bien el prevenir que vos
no me la pedís, por eso *Envainan.*
(guardad la espada) os la doy.
Yo soy desta casa huesped,

en ella escondido estoy
por una desgracia, huyendo
á la fortuna el rigor,
porque el deudo, ó la amistad
de don Bernardo llegó,
yo á fiar mi vida dél,
y él de mi ausencia su honor:
no le ofendiera por esto
mi amistad, no, vive Dios,
si me quitase la vida
con mis propias manos yo.
Esto es verdad; y pensad,
sí, don Diego, que hombre soy
que la trata; y si tuviera
sola una imaginacion
ocupada en su belleza,
(cuando discurra mi amor,
en esta parte atrevido,
fuera de mi obligacion,
lo dijera, porque tengo
por hombre de poco honor,
de abatidos pensamientos,
de baja reputacion,
á quien disimula dama,
que sola una vez miró
un deseo; qué es deseo?
una pasion; qué es pasion?
un cuidado; qué es cuidado?
una sombra, una aprension,

un átomo, un pensamiento
de otro gusto y de otro amor,
cuanto mas un desengaño,
como el que os he dado á vos.

Juan. Qué te parece, señora,
la disculpa?

Mar. Qué sé yo,
de todo tiene, volvamos
á callar y á oir las dos.

Dieg. Señor don Juan, yo no dudo
una verdad, pues en vos,
en vuestro estilo y persona,
se descubre bien quien sois;
pero un hombre enamorado
de todo tiene temor,
todo le asombra y espanta;
y celos dicen que son
anteojos de aumento, que hacen
cualquiera cosa mayor.
No os pese de que los tenga
en esta parte de vos,
pues bien puede una persona
dar celos al mismo amor.
En cuanto á mí, yo confieso
que ya satisfecho estoy;
en cuanto á mi amor, no puedo,
que es mas descortés que yo:
y así, el amor es quien pide
otra disculpa mayor.

Decidme: vuestro retrato
qué delito cometió,
que se vino á retirar
á aquesta casa con vos?
JUAN. Qué retrato?
DIEG. Uno que tiene
doña Ana vuestro.
JUAN. Eso no,
porque yo no se le he dado.
ANA. Una amiga me le dió,
que yo no digo quien es,
porque de mí se fió,
pues si ella quiere decirlo,
puede tambien como yo.
DIEG. Para que me satisfaga,
don Juan, muchas cosas son,
y mientras yo no os conozca,
fuera necedad y error
fiarme de vos: decidme
abiertamente quien sois,
y os creeré, y vos me tendreis
para mandarme desde hoy,
que hallaréis en mí un amigo
de alguna satisfaccion.
JUAN. Hombre enamorado tiene
disculpa en cualquiera accion;
y así, lo que os digo ahora,
tampoco os lo digo á vos,
sino á vuestro amor, teniendo

lástima de su pasion;
mi nombre es don Juan de Lara,
caballero andaluz soy,
dí la muerte á un caballero,
porque ocasiones me dió;
llamábase don Fadrique
de Silva.

DIEG. Válgame Dios!

JUAN. Pues qué os suspende? qué os turba,
y niega al rostro el color?

DIEG. Ninguna cosa: ya tengo,
Cielos, otra confusion; (*aparte*)
don Fadrique era mi primo,
y mi amigo; el matador
está en mi mano, fiado
su secreto á mi valor:
no hay aquí ya mas remedio,
alma, vida y corazon,
que callar, porque si aquí
por entendido me doy,
me toca satisfacerme;
y no sabiéndolo, no.
Señor don Juan, satisfecho
de vuestra verdad estoy,
por ser hijo de ese aliento,
por ser rayo de ese sol;
y así, de vos no me quejo,
porque de quien debo yo
quejarme, me quejaré

á su tiempo: guardeos Dios.

Juan. Tampoco eso me está bien,
porque puesto en daros yo
satisfaccion, por lo propio
que aquí le toca al honor
de doña Ana, vos no habeis
de dejar la obligacion
que teneis, pues corre ya
por mi cuenta, y la razon
es esta: escuchadme ahora:
ó me habeis creido, ó no;
si me habeis creido, hareis
mal en durar al dolor,
pues cesa la pesadumbre
donde la causa cesó;
si es que no me habeis creido,
clara mi ofensa se vió,
pues teneis por sospechosa
mi verdad.

Dieg. Es gran rigor
querer tasar de mi pecho
los sentimientos, señor:
si no os hubiera creido,
de aqui no me fuera yo,
ni os dejára: no querais
saber mas desta ocasion,
para saber que os creí,
sino que os dejo y me voy.

Juan. Y cuando en tanta sospecha

tuviéreis algun rencor,
y escrúpulo en vuestro pecho,
aquí me hallaréis, y yo
os daré donde querais
cualquiera satisfaccion.

DIEG. Si la hubiere menester,
la pedirá mi valor;
que la que yo he de tomar
en algun tiempo de vos,
en otra parte ha de ser.

JUAN. A todo dispuesto estoy,
y aqui me hallaréis, repito.

DIEG. Pues aquí os buscaré: adios. *Vase.*

ANA. Ténle, Inés, porque de casa
no ha de salir, sin que yo
le desenoje: ah don Diego?
mi bien? esposo? señor?

*Vanse los dos y sale Espinel.*

ESP. En qué ha parado este caso?
que yo, porque no me viesen,
y por mí te conociesen,
me retiré paso á paso,
con lindo compás de pies,
adonde he estado escondido.

JUAN. Eres tú muy prevenido
en tales casos.

ESP. Dí, pues,
qué hubo?

JUAN. Dudas y cuestiones

retóricas y molestas,
mil demandas y respuestas,
quejas y satisfacciones;
y en efecto se acabó
mejor que yo habia pensado.

*Llega doña María y descúbrese.*

MAR. No, don Juan, muy acabado,
porque ahora falto yo,
que aquí dudé el descubrirme
hasta ahora, por no echar
á perder en tal lugar,
mas ofendida, ó mas firme,
la satisfaccion que vos
disteis á aquel nécio amante,
pues estando yo delante,
y padeciendo los dos
una fortuna de celos,
si á mí ofendida me viera,
él no se satisfaciera
tampoco de sus recelos;
y así, estuve retirada,
porque es peligrosa mengua
que haya mugeres con lengua,
donde hay hombres con espada.
ESP. Válgame Dios, es tramoya?
JUAN. Hermosa doña María,
luciente blason del dia.
MAR. Tente, tente.

ESP. Aqui fué Troya.

JUAN. Pues por qué desden tan fiero?
ha de cobrar la hermosura
pensiones de mi ventura?

MAR. Ingrato, mal caballero,
descortés, villano, es bien
que despues de aventurar
mi opinion, os venga á hallar
donde mis ojos os ven?
Es bien, cuando tanta pena
mi vida y mi suerte pasa,
vos me perdais en mi casa,
y yo os halle en el agena?
Es bien, desagradecido,
que en un peligro tan cierto
ande mi honor descubierto,
y vos esteis escondido?
Pues para saber adonde
estábais, fué menester
que otro viniese á romper
esta prision que os esconde;
pero yo tuve la culpa,
pues vuestro retrato dí
á la que me ofende así.

JUAN. Mi ignorancia me disculpa;
supe yo que érades vos
su amiga? No: y por pensar
que era imposible llegar
á vernos aqui los dos,

no lo dije.

MAR. Y ya sabido
que era su amiga, por qué
ella me calló:::

JUAN. No sé.

MAR. Qué, aquí estábais escondido?
Estadlo, pues.

JUAN. No ha de ser,
quedando con tal cuidado.

*Sale doña Ana.*

ANA. Fuese don Diego enojado:
no le pude detener;
mas qué es esto?

JUAN. Es un rigor
de dos luceros crueles:
troquemos los dos papeles
en esta farsa de amor,
y dí tú cómo pedia
que me mandases abrir
hoy la puerta, para ir
á ver á doña María.

MAR. No, don Juan, no he menester
satisfaccion tan liviana
yo, porque antes á doña Ana
la tengo que agradecer,
que no culpar, pues su trato
conmigo es tan liberal,
que me da un original

en réditos de un retrato.
Y es alcaidesa muy bella
la que os tiene por confianza
en prision, y sin fianza
no os dejará salir della.
Y pues la puerta guardó,
porque no entrase tambien,
no querrá que sálgais quien
no quiso que entrase yo.

ANA. Escucha ahora á los dos
satisfaccion.

MAR. No ha de ser;
si la hubiere menester,
yo vendré por ella: adios.

*Vanse doña María y Júana.*

ESP. Buenos habemos quedado,
mi doña Ana y mi don Juan,
sin la dama y el galan.

ANA. Perdí un dueño que he adorado.

JUAN. Perdí una amada beldad;
aqui murió mi esperanza.

ESP. Dios la perdone.

ANA. Aqui alcanza
sepulcro mi voluntad.

ESP. Un remedio prodigioso
dar quiero á vuestros cuidados.

JUAN. Cuál es?

ESP. De dos desdichados
se suele hacer un dichoso:

doña Ana perdió por tí
á su amante; tú por ella
á tu dama hermosa y bella,
entrambos jugais aqui
la pretina, y pues engaños
os ponen en tal rigor,
quien hizo burros de amor,
que pague al otro los daños.
JUAN. Nécio remedio será.
ANA. Yo á lo menos, no podré
aplicarle.
ESP. No? por qué?
ANA. Porque no sale de acá. *Vase.*
JUAN. Ven conmigo, que hemos de ir
á desenojarla.
ESP. Vamos. *Vanse.*

*Salen doña María y Juana.*

MAR. Toma allá ese manto, Juana.
JUANA. Triste vienes.
MAR. Vengo muerta.
JUANA. No tienes razon, pues viste
satisfacciones tan ciertas.
MAR. No admite satisfacciones
quien está tan loca y ciega.
JUANA. Pues tu hermano viene aquí,
riñe con él ahora.
MAR. Nécia
estás; á qué muger quieres

que le falte una pendencia,
cuando la haya menester?

*Sale don Luis.*

Luis. Hermana, escúchame atenta,
porque vengo á darte parte
de mis desdichas y penas:
Yendo en casa de doña Ana.
Mar. Ay Juana, mas que nos cuenta
lo mismo que habemos visto! (*aparte.*)
Luis. A visitarla y á verla
entró tras mí un caballero,
que puede ser que en las señas
conozcas; en fin, se llama
don Diego de Silva.
Mar. Espera,
que no lo he entendido bien:
quien estaba allí con ella?
Juana. Bien disimula.
Luis. No sé,
una señora encubierta.
Mar. Conocístela?
Luis. No tuve,
ni cuidado, ni advertencia;
pero no es esto del caso.
Mar. Pues yo juzgué que pudieras:
en fin, qué pasó?
Luis. El entró
con la capa descompuesta,

perdido el color, la voz
turbada, torpe la lengua;
no sé lo que dijo.

MAR. Ay Dios!
reñiste con él?

LUIS. A fuera
le dije que le esperaba,
y estuve un rato á la puerta
esperando.

MAR. Y él salió?
que de imaginarlo tiembla
el corazon.

LUIS. No salió.

MAR. Ay Jesus, que estaba muerta!
buenas nuevas te dé Dios.

LUIS. La verdad, hermana, es esta.

MAR. Y en fin, qué quieres ahora?

LUIS. Qué quieres que un hombre quiera?
celos, trazas y engaños,
que amor cauteloso intenta:
fingir que estás disgustada,
y que de mí tienes quejas,
y véte en casa de doña Ana;
que siendo huéspeda en ella,
podrás saber de su amor
el estado: esta fineza
has de hacer, hermana mia;
no habrá cosa que agradezca,
como que á su casa vayas,

y con arte y con cautela
el estado deste amante,
y deste celoso sepas.

MAR. Por la mano me ha ganado
mi hermano. (*aparte*)

LUIS. Qué, estás suspensa?

MAR. Estoy pensando, qué quieres
que en una muger parezca
de mi honor y obligaciones,
dejar su casa por quejas
de su hermano?

LUIS. Aconsejára
cosa yo que indigna fuera
á tu honor? con una amiga
de su calidad y prendas,
debiera hacerlo hoy el gusto,
cuando el disgusto no fuera.

MAR. El gusto pudiera hacerlo
por su misma conveniencia;
pero el disgusto.

LUIS. No vayas,
si eso te da tanta pena:
cuándo has de hacer una cosa
que te pida?

MAR. Espera, espera,
no te disgustes tan presto;
yo iré.

LUIS. Porque no te deba
nada, no quiero que vayas.

MAR. Pues yo quiero, aunque no quieras:
cuándo ha de ser la partida?

LUIS. Luego.

MAR. Luego?

LUIS. Pues qué esperas?

MAR. No ves que es de noche ya?

LUIS. Así tendrán por mas cierta,
siendo á deshora la ida,
la causa que allá te lleva.

MAR. Oh cuánto, hermano, me agradas,
cuando mi gusto me ruegas! *Vanse.*

*Salen don Juan y Espinel.*

JUAN. Quédate aquí, mientras yo
hago en la calle la seña,
por no entrar dentro de casa.

ESP. Bien puedes seguro entrar,
porque no me ha de parar
en la calle, ni en la puerta
hombre humano, ni viviente,
aunque un ejército venga.

JUAN. De cuando acá tan valiente?

ESP. Cuando esto verdad no sea,
quéjate de mí.

JUAN. Qué armas
traes para tan grande empresa?

ESP. Una daga y una espada:
ves tú mas?

JUAN. Aquí me espera,

con esa confianza
he de entrar; esta es la reja
del pátio, donde otras veces
hablamos. *Vase.*

Esp. Sea norabuena:
Ya estamos, señor don miedo,
en la estacada y palestra,
de donde hemos de salir
con la buena diligencia;
juego de manos parece,
y será la vez primera
que el miedo juegue de manos,
pues siempre las tuvo quedas:
salga de la guarnicion
de la daga, en que está puesta,
luego una cuerda encendida,
que en la guarnicion revuelta
de la espada, nadie duda
que aqui á lo oscuro parezca
un mosquete, que cargado
tiene calada la cuerda:
la vaina venga tambien,
para que la horquilla sea
deste mosquete mental;
y puesto desta manera,
á lo tudesco plantado,
daré á todas partes vuelta.
Mosqueteros de la paz,
árbitros de la comedia,

todos somos de la carda,
y á todos pido clemencia.

*Sale don Diego.*

DIEG. Salgo á buscar á don Luis
á su casa, porque entienda
que hoy no dejé de seguirle
por temor de sus bravezas,
sino por otras desdichas,
que siguieron la primera;
y bien se conoce, pues
si se mira con mas fuerza,
no le viniera á buscar
solo á su casa, y quisiera
hallarle presto, por dar,
desocupado, la vuelta
á ver qué quiere doña Ana,
que por un papel desea
con grande encarecimiento,
que vaya esta noche á verla,
diciéndome que esta noche
me tendrá la puerta abierta.
ESP. Vuesa merced, caballero,
en cortesia se vuelva,
y pase por otra calle,
que hay inconveniente en esta
y emboscada, que le hará
que luego al punto se vuelva,
ó la boca de un mosquete

lo dirá de otra manera,
asentado con dos balas,
que son de su boca lengua
elegante.

DIEG. Caballero,
mucha prevencion es esa
para que un hombre os responda,
que acaso á esta parte llega
con su capa y con su espada;
y si me importára en ella
entrar, vive Dios, entrára
por aquesa causa mesma;
y si quereis ver si tengo
ánimo y valor, depuesta
la ventaja con la espada
defended la entrada della.

ESP. Para haber de deponer
la ventaja; no viniera
cargado desde mi casa
con un mosquete que pesa
cien arrobas: vuesarced,
pues habla tan bien, se vuelva,
ya que no aventura nada.

DIEG. Yo lo haré, como se entienda,
que me voy, por no importarme
pasar por aquí, y aquesta
accion tan aventajada,
no la tengais á flaqueza.

ESP. No tendré sino á gordura.

Dieg. Con mosquetes á la puerta
de don Luis la misma noche
que ha tenido una pendencia?
miedo gasta, mas de dia
le buscaré, porque vea
como se ha de recatar
de los hombres de mis prendas. *Vase.*
Esp. Lumbre ha dado la invencion,
sin poder dar lumbre, buena
es la industria.

*Sale don Luis.*

Luis. Ya mi hermana
con doña Ana en casa queda,
yo vengo ahora á mudarme,
por volver á dar la vuelta
á la calle, á ver si encuentro
á aquel caballero en ella,
que hoy no salió de cobarde.
Esp. Hidalgo, sea quien sea,
por otra calle habrá paso,
que está muy cerrada esta.
Luis. Quién lo dice?
Esp. A la pregunta,
si quiere llevar respuesta,
la de un mosquete lo dice.
Luis. Tened, no caleis la cuerda,
que para un hombre no mas
ya es mucha ventaja esa.

Esp. Si un hombre no mas estorba,
un hombre no mas se vuelva,
que un hombre no mas lo pide.

Luis. Es demasiada llaneza
querer que un hombre no entre
en su casa.

Esp. Quizá es esa
la causa que aqui me tiene.

Luis. Obedeceros es fuerza;
mas ya sé quien os envia.

Esp. Sabed muy enhorabuena.

Luis. Que quien no tuvo valor
hoy para salir á fuera,
y se quedó entre mugeres,
no es mucho que temor tenga
tan grande, que con mosquetes
me venga á rondar las puertas;
pero yo le buscaré
de dia, y haré que sepa
lo que ha de hacer: que esto, Cielos,
en la Corte se consienta! *Vase,*

Esp. Viendo un mosquete á la vista,
el mas alentado tiembla.

*Sale don Juan.*

Juan. Que no haya doña Maria
querido escuchar siquiera
disculpas? con Juana estuve
hablando por esas rejas,

y dice que no está en casa
su ama; en fin, ella se niega:
don Luis sin duda me ha visto
en su casa; y así, intenta
darme muerte, pues restado
muera yo, y matando muera.

Esp. Quién viene?

Juan. Quién vá? es don Luis?

Esp. Señor?

Juan. Espinel, qué intentas?

Esp. Guardarte la calle.

Juan. Nécio,
qué es esto?

Esp. Un mosquete en pena,
pues fantástico no mas,
tiene sola la apariencia.

Juan. Pues con escándalo tal
me destruyes? loco, bestia,
vil, cobarde, vive Dios,
que tengo mucha paciencia,
si por tan nécia locura
no te rompo la cabeza:
no me sigas, que no quiero
verte en mi vida. *Vase.*

Esp. No sea,
vuelvan todas mis alhajas
á su forma y su materia,
iré tras él, y aunque tarde,
á casa daré la vuelta. *Vase.*

*Salen doña Ana y doña Maria.*

Ana. Quién dijera que podia
rodearse de manera
el suceso, que viniera
yo á agradecerte en un dia
pesares tuyos, Maria?
y aqueste te he agradecido,
por haber la causa sido
de haberte visto otra vez,
donde al amor hago juez,
que en nada te he deservido;
porque callarte que estaba
don Juan escondido aquí,
fué, por ver que á mi de mi
él su secreto fiaba;
y como don Juan callaba
que tú el retrato me diste,
porque tú me lo dijiste,
así te callé tambien
lo que él me dijo.
Mar. Está bien;
mas piensa que no consiste
el sentimiento en razon,
pues un celoso sin ella,
por todo, amiga, atropella.
Ana. No quieras otra ocasion
de mayor satisfaccion,
de que don Juan ha salido

de casa, á buscarte ha ido,
quejoso, ofendido y loco;
y no me tengo en tan poco,
que lo hubiera consentido,
si una palabra siquiera
de amor le hubiera escuchado,
ni él, si lo hubiera pensado,
tan libremente se viera,
que á buscar otra se fuera.

MAR. Mas satisfaccion no espero.

ANA. Sí, que al dominio primero
no volviera, aunque huyó esquivo,
de cautivo fugitivo,
voluntario prisionero.

*Salen don Diego é Inés.*

INES. Aqui mi señor está;
entra, no tengas temor;
don Bernardo, mi señor,
está recogido ya;
la noche tiempo te da,
y ella el lugar te procura;
tiempo y lugar asegura.

DIEG. Y qué me vendrá á importar
el tener tiempo y lugar
si me falta la ventura? *Vase Inés.*

ANA. Ya estamos, señor don Diego,
solos (que doña Maria
es mitad del alma mia),

escuchadme atento, y luego,
ya que á tanto estremo llego,
me respondereis, y asi
saldremos los dos de aqui,
ó satisfechos ó no:
en qué os he ofendido yo?
qué queja teneis de mí?
No os habeis asegurado
de una vana presuncion,
viendo la satisfaccion
que á vuestros celos he dado?
DIEG. Doña Ana, yo no he quedado,
yo lo confieso, celoso;
mas de vuestro amor quejoso
sí, con bastante ocasion.
ANA. Poned la queja en razon.
DIEG. Escuchad: un cauteloso
pecho ha tenido un secreto
tan recatado de mi,
que jamás capaz me ví
de su causa, ni su efecto;
y amor que guardó secreto
ni fue amor, ni serlo pudo,
y así, esas finezas dudo,
cuando á ver, doña Ana, llego
que amor que en todos fue ciego
en tí solo ha sido mudo.
ANA. Don Diego, mayor fineza
fue callar una muger

lo que te pudo ofender,
causándote mas tristeza:
y así, el callar fue firmeza
de mi amor, por escusar
tu tristeza y tu pesar;
sacas, pues, de este concepto,
que quien te calló el secreto
es quien mas te supo amar.

DIEG. No es, que la que me calló
el secreto, afirmo y digo,
que ha sido doble conmigo,
aunque el pesar me escusó,
pues quien el pesar me dió;
de toda traicion desnudo,
yo no ignoro, ni lo dudo
que á la amistad satisfizo,
pues en no callarlo hizo
de su parte cuanto pudo.

ANA. Mas fácil es el hablar
que el callar en la muger;
y pues yo llegué á escoger
donde hay razon de dudar,
lo dificil que es callar,
de mi parte hice (no dudo)
mas; pues si el pecho desnudo
hizo entonces el que habló
lo que pudo, el que calló
hizo mas de lo que pudo.

*Sale Inés alborotada.*

INÉS. Ay señora! muerta vengo.
ANA. Inés, qué dices? qué tienes?
INÉS. Vino de fuera Don Juan
ahora, y me dijo: advierte
que Espinel se queda fuera,
porque lejos de mí viene,
baja á abrirle de aquí á un rato:
yo bajé.
ANA. Y bien, qué sucede?
INÉS. Estaba embozado un hombre
en la calle (mal hubiesen
las Comedias, que enseñaron
engaños tan aparentes)
díjele si era Espinel,
dijo que sí, entró, y halléme
que no era Espinel.
DIEG. Y adónde
está el hombre?
INÉS. Escucha, advierte,
que hay mas desdichas: dí voces,
y el mayor daño es aqueste,
que despertó mi señor,
y al escuchar que anda gente,
se levantó de la cama,
y á la luz escasa, y breve,

que entraba á este cuarto ví:
mas qué he de decir, si él viene?

ANA. Don Diego, procura (ay Dios!)
retirarte, y esconderte,
porque hallándonos mi padre
sosegadas desta suerte
hablando á las dos, verá
que éramos nosotras, vete.

DIEG. Mal sé la casa, mas ya
miré en el cuarto de enfrente
una luz, y alli podré
retirarme, y esconderme:
solo me resta saber,
Cielos, qué embozado es este.

*Retírase D. Diego y sale D. Bernardo con espada desnuda.*

BERN. Quién estaba ahora aquí?

ANA. Doña María, que viene
á estar conmigo.

BERN. Ya sé
cuanto en eso decir puedes:
mas no era Doña María
la que estaba solamente,
que un hombre salió de aqui.

ANA. Señor, qué dices? Advierte,
que nosotras dos no mas.

BERN. Dadme aquesa luz.
ANA. Detente.
BERN. Que desta suerte he de ver
mi desengaño, ó mi muerte.

*Toma una de dos luces que habrá y vase.*

ANA. Ay triste de mí!
MAR. Qué haremos?
ANA. Qué de males me suceden!
pero viniendo el primero,
cuándo menos que estos vienen?

*Entrase y sale D. Luis.*

LUIS. Las voces de la criada
toda la casa revuelven,
mal hice en aventurarme:
mas ya estoy dentro, no puede
escusarse, aqui me escondo,
y venga lo que viniere.

*Vase, y salen D. Diego y D. Juan.*

DIEG. Señor D. Juan, pues que sois
un caballero que tiene
obligaciones, y sabe
las que en tal caso se deben

á un hombre, que en vuestras manos
pone su vida, valedme
en esta ocasion, que yo
os doy palabra, que puede
mi amistad favoreceros
en otra no menos fuerte.
Con Doña Ana estaba hablando,
cuando su padre nos siente,
quise esconderme, y hallé
abierta esta puerta; entréme
donde estais, mi dicha ha sido,
si esa piedad me concede
algun lugar, donde esté
escondido.

JUAN. Detrás de ese
pabellon podeis estar,
y presto, que siento gente;
que en ocasiones de amor,
cuando escusarse no pueden
los lances, sé yo muy bien
el amparo que se debe
á un amante, y á una dama.

*Escóndese D. Diego, y sale D. Bernardo.*

Señor, pues vos desta suerte?
dónde vais?

BERN. Buscando un hombre,
que corriendo velozmente,
desde mi cuarto se vino

huyendo, y se ha entrado en este.

JUAN. Aqui ningun hombre ha entrado,
solo estoy, no me parece
que sentí ruido.

BERN. Yo sí,
que seguí sus pasos leves,
y á la vislumbre ví el bulto.

JUAN. Pues yo os afirmo, que en este
cuarto estoy solo.

BERN. Me dais
ocasion en que sospeche,
Don Juan, que érais vos.

JUAN. Señor...

BERN. Porque veros de esa suerte
á tales horas vestido,
negando lo que no puede
dejar de ser, pues yo mismo
le ví entrar, claro me ofrece
que érais vos.

JUAN. Yo vengo ahora
de fuera, y por evidente
seña, no vino Espinel
conmigo, para que llegue
á haber testigos de todo;
y con esto solamente
respondo á las dos preguntas
de estar vestido, y de verme
entrar; y cuando yo fuera,

decidme, qué inconveniente
fuera decir que era yo?
BERN. El daño, Don Juan, es ese,
en negarlo; y pues negais
lo mismo que claramente
ven mis ojos, mayor daño
hay aqui, del que parece:
yo os ví salir de mi cuarto.
JUAN. Pues muera yo infamemente
á manos del mas amigo,
si yo fuí quien os parece.
BERN. Pues otro fue, y está aqui,
y sois de cualquiera suerte,
ya encubridor, y ya reo,
á mi honor ingrato huesped.
JUAN. Reportaos, porque yo
en todo cuanto se debe
á vuestro honor, y respeto,
sé cuerda y honradamente
cumplir mis obligaciones.
BERN. Pues perdonadme que entre
á ver aqueste aposento,
que mi agravio no consiente
menores satisfacciones.
JUAN. Ay mas desdichada suerte!
quién en tal lance se ha visto? (*aparte.*)
Si le defiendo que llegue,
me hago cómplice en su agravio:

si le permito que éntre,
falto al amparo, y palabra,
que dí de favorecerle.

BERN. Qué pensais? son casos estos
para admitir paréceres?
vive Dios que le he de ver.

JUAN. Detente, señor, detente,
no has de verlo, vive Dios,
que á tí tambien te conviene.

BERN. Vos me defendeis la entrada
en mi casa?

*Sale Doña Ana, y Doña María.*

ANA. Si suceden (*aparte.*)
dos daños, es el menor
el que ha de elegirse siempre,
una industria con mi padre
este peligro remedie:
Señor, si quieres saber
quién estaba en mi retretre.
Don Juan era.

JUAN. Yo?

ANA. Don Juan,
no es tiempo de que lo niegues:
él es de Doña María
amante, y por esto viene
ella á mi casa, cual vés,

por poder hablarle, y verle:
por ella le sucedió
la desgracia que le tiene
retraido: no es verdad?

Mar. Esto quién negarlo puede,
si yo misma lo confieso?

*Sale Don Luis.*

Luis. Ya disimular no puede
mas mi sufrimiento, Cielos,
nadie se admire de verme,
que yo diré cómo estoy
escondido de esta suerte:
yo he venido, Don Bernardo,
por mi hermana, que presente
está, y faltando de casa
no supe dónde estuviese,
y por saber si aqui estaba,
rondé la calle mil veces:
estando en ella, bajó
una criada, y lleguéme
diciéndola que era un hombre,
que esperaba; y asi, entréme
hasta aqui, donde ya he visto
mis desdichas claramente,
pues he visto á un hombre aqui,
por quien mi opinion padece,

causando en mi misma casa
mil escándalos, y muertes,
y aunque ahora esté en la vuestra,
tengo de satisfacerme.

*Empuña la espada, y detiénele Don Bernardo.*

BERN. Tened la espada, Don Luis,
que si vuestro agravio es este,
os estará á vos muy bien
la satisfaccion que tiene,
si le dá á Doña María
mano de esposo.
LUIS. Aunque fuese
asi, yo estoy ofendido,
pues mi hermana á verle viene
hoy á tu casa.
MAR. Tú mismo
me rogaste que viniese,
que yo no queria venir;
y para satisfacerte,
le doy la mano de esposa.
JUAN. Ya el callar es conveniente:
y pues por vos, Don Bernardo,
quiero que mi agravio cese,
cese tambien la ocasion,
que tan confusos nos tiene:
dadme, pues sabeis de mí

quién soy, y que la merece
mi sangre, á Doña Ana.

BERN. Yo
gano en eso. *Sale Don Diego.*

DIEG. Pues quien pierde
se descubra, que ya aqui
no es mayor daño la muerte,
que todos me podeis dar,
que casarse.

LUIS. Si viniese
con vos aquel gentil hombre
cargado con el mosquete,
pudiera ser vuestro amor
que con eso se saliese.

DIEG. Eso es achacarme á mí
los temores que tú tienes.

*Van á acometerse, embarázalo Don Bernardo.*

BERN. Dentro de mi misma casa
(qué encanto, Cielos, es este?)
una pendencia, y un hombre
de cada razon procede.

*Sale Espinel.*

ESP. Si quieres que yo te saque
de todo, oye atentamente;

el mosquetero fuí yo,
que burló á vuestras mercedes:
Don Juan, y Doña María
ha mil años que se quieren,
ya están casados, á Dios:
D. Diego y Don Luis pretenden
á tu hija, elija ella
el que mejor le parece.

ANA. Esto conviene á mi honor;
y asi, Don Diego merece
mi mano.

DIEG. Dichoso soy,
y por pagar lo que debe
hoy á Don Juan mi amistad,
yo le perdono la muerte
de Don Fadrique, pues soy
la parte á quien le compete.

ESP. Ahora entro yo con Inés,
porque vean desta suerte,
que no viene solo un mal,
pues tantos juntos nos vienen
el dia que nos casamos:
perdonen vuestras mercedes.

FIN.

